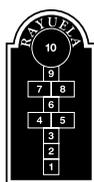


*Joven la muerte
niega el amor joven*
Cuentos del siglo XIX

MARCO ANTONIO CAMPOS



*Joven la muerte
niega el amor joven*

Cuentos del siglo XIX

MARCO ANTONIO CAMPOS



Textos de Difusión Cultural
Serie Rayuela



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
México, 2015

Primera edición: junio de 2015

D.R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C.P. 04510 México, Distrito Federal
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

D.R. © 2015, Marco Antonio Campos

Imagen de portada: Retrato de la actriz Soledad Cordero (1816-1847),
musa y amor imposible de Ignacio Rodríguez Galván.
Autor desconocido. En Enrique de Olavarría y Ferrari,
Reseña histórica del teatro en México 1538-1911, vol. I, México, Porrúa, 1961.
Ejemplar en custodia de la Biblioteca Central-UNAM.

Diseño de portada: Roxana Deneb y Diego Álvarez.

ISBN: 978-607-02-6727-7
ISBN de la serie: 968-36-3762-0

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin la autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales
Todos los derechos reservados.

Impreso y hecho en México

RODRÍGUEZ

a María del Carmen Ruiz Castañeda

La noche del viernes 14 de mayo de 1842 Rodríguez, con mirada nubosa, miraba en diagonal, desde la contraesquina de Colegio de Niñas y callejón de Dolores, las tres puertas de la fachada del Teatro Principal, y a través de la fachada, imágenes y escenas donde surgía una y otra vez, en diferentes instantes, Soledad Cordero. Una de esas puertas llevaba al café del Progreso, donde se reunió tantas veces con los jóvenes amigos lateranenses.

Al otro día Rodríguez partiría para Xalapa y luego a Veracruz, Nueva Orleans, La Habana y finalmente Caracas, donde tomaría su puesto en la Legación Mexicana en las Repúblicas del Sur e Imperio del Brasil. De pronto, al pensar que dejaría México, se le vino a la memoria un día de 1838 cuando el joven Ignacio Ramírez llegó a la Academia de Letrán. Sonrió. Luego de leer Ramírez un texto que escandalizó al rector José María Iturralde y al padre Guevara y fascinó a casi todos los asistentes, próceres y eminencias empezaron a interrogarlo. Al preguntarle el ministro Tornel qué le gustaba más de México, contestó que Veracruz, “porque por Veracruz se sale de él”.

Pensó en el amor, ahora sí imposible, por Soledad Cordero y en su propia gloria artística que se le iba como humo de los dedos. Cuanto escribió de importante en teatro fue pensando en ella como primera actriz. Así lo fue en 1838, cuando se puso en escena *Muñoz, visitador de México* y lo fue ahora en abril con *El privado del virrey*. Eran ya varios años en el intento de alcanzarla, y eran ya varios años que, en todo intento, sólo había encontrado palabras áridas y desdén que-
mante. En vez de que los años disminuyeran el tenaz incendio en la hierba del corazón, el amor se había vuelto a tal grado en él una obsesión enfermiza, que su protector, el ministro de Guerra José María Tornel, consciente de un absurdo que ya tenía visos de demencia, gestionó el actual puesto diplomático ante el presidente Santa Anna y el ministro de Exteriores y Gobernación José María Bocanegra. El nombramiento quedó expedido el 14 de febrero. Rodríguez, que aborrecía al tirano, debió tragarse puñados de alfileres, y darle las gracias en una carta a él y a Bocanegra. No sólo eso: cuatro días después de su designación, Santa Anna, en uno de sus fastuosos autohomenajes, había colocado en calle Vergara la primera piedra para la edificación del Gran Teatro Santa Anna. En la ceremonia Rodríguez Galván puso un poema suyo en los cimientos, donde decía que México al fin tendría un teatro hermoso digno de su esplendor y grandeza. Se sintió mal. Sin duda era un honor para alguien tan joven, de apenas veinticinco años, que lo llamaran para escribir un poema alusivo, existiendo poetas y dramaturgos mayores en edad que él, con más méritos, pero a la vez era un profundo disgusto con él mismo, una molestia corporal, saber que convalidaba uno de los caprichos del engreído déspota.

Encapotado, reflexivo, Rodríguez caminó hacia el norte por Coliseo, dio vuelta a la izquierda hacia San Francisco, y de nuevo a la izquierda para entrar a San Juan de Letrán. Se detuvo ante la puerta del Colegio.

Los conocía desde años antes, sobre todo a Guillermo Prieto, compañero de tertulia en casa del poeta Francisco Ortega, en Escalerillas 2, donde llegó a tratar a tan buenas personas como Eulalio María, hijo de Ortega y gran lector de biografías, y Luis Martínez de Castro, inmisericorde a la hora de disparar flechas epigramáticas o redactar sátiras. Incluso se había hecho en aquella tertulia adolescente un curioso periódico que titularon *Obsequio de la Amistad*. Tal vez en esos días de principios de los años treinta fue cuando los amigos empezaron a decirle Rodríguez y no Ignacio y él comenzó a firmar desde entonces como Ignacio Rodríguez o simplemente Rodríguez, y muy ocasionalmente, por ejemplo en un artículo de *El Recreo de las Familias*, como Ignacio Rodríguez Galván.

El 11 de julio de 1836 los hermanos José María y Juan Nepomuceno Lacunza, el delicado y tímido Manuel Tossiat Ferrer y el animoso y perspicaz Prieto, uno más pobre o mísero que otro, luego de dos años de tertulia en el ruinoso cuarto de José María, emprendieron la fundación de la Academia de Letrán para dar ímpetu a las letras nacionales y democratizar la cultura. Celebraron el hecho con un discurso de José María, y comieron, como si fuera un banquete de la corte francesa, una piña espolvoreada.

Como casi todo el Colegio, el dormitorio de Lacunza, situado en el segundo piso al fondo del segundo patio, era

una imagen del deterioro. Al principio siguieron siendo allí las reuniones de los jueves. Nadie discutía el liderazgo del mayor de los Lacunza. ¿Quién no admiraba sus dones intelectuales y su joven sabiduría? Lacunza sabía latín, francés, inglés e italiano y era uno de aquellos que prefieren dejar de comer a dejar de leer. Sin embargo, algo disgustaba a Prieto y solía comentarlo en reuniones de amigos en el café Veroly: su inteligencia pasmosa pero fría estaba más al servicio de los triunfos en una polémica que de la verdad. Buscaba a veces menos la luz clarificadora que los fuegos de artificio. Su hermano Juan era lo contrario. Vital, sanguíneo, solía brillar en el juego de la pelota y en el juego del billar y era la diversión y la gracia de las cómicas del Teatro de los Gallos.

El éxito de la Academia fue inmediato. Dos o tres semanas más tarde llegó al cuarto de Lacunza un sobre que contenía una Oda con la rúbrica de Isidoro de Almada. Aunque no sabían quién era el autor, colegían que firmaba con seudónimo. La leyeron. El dictamen fue que, pese a brusquedades estilísticas y fallas de forma, se *entreoían* en los versos las palpitations de un corazón sincero y desgarrado que expresaba un mundo personalísimo. Era un talento silvestre pero que ya había oído las voces de los ángeles.

Enviaron una cuarteta donde le contestaron que se sentían en comunión con sus dolores y auguraban que un día de gloria sería coronado.

El veinteañero Rodríguez llegó el jueves siguiente con su atuendo de romántico pobre haciendo reverencias y dando las gracias. Llegó con su capa azul y un sombrero alto en la mano. Llegó con su rostro de rasgos indígenas donde se

percibía en sus ojos la profundidad apagada de una mirada melancólica. Se arreglaba a cada momento la raya en medio de su cabellera negra y lacia. Todo en él, pensó para sí Prieto, estaba mal colocado en el cuerpo.

Y Rodríguez leyó un poema para una joven donde los fundadores creyeron percibir la pinta y las facciones de aquella a quien Prieto llamaba “la rosa de oro del Teatro Principal”.

Rodríguez caminó hacia el callejón de López y se detuvo ante una puerta cochera, que era la segunda entrada del Colegio de Letrán. A esa hora de la noche ya pululaban las meretrices. Era fama que en este callejón rondaba el mejor surtido en la materia de la Ciudad de México y aun llegaban excursiones masculinas de diversos pueblos y barrios para comprobar lo que se comentaba en corrillos. ¿A cuántos alumnos del Colegio no se les había revelado la verdadera cara del mundo en un pequeño y sucio cuarto de esta calle?

Si la librería de Galván fue su primera casa, la Academia representó la segunda. Sería el editor, no sólo de un grupo generacional, sino el vínculo de al menos tres generaciones con la publicación de revistas como *El Año Nuevo* y *El Recreo de las Familias*. Sin duda ya representaba algo para la historia de la literatura mexicana. Sintió en ese momento una vanidad hermosa, ingenua, sonrió, pero luego se dijo con tristeza: ¿Pero quién en este país reconoce algo?

Por la Academia de Letrán, salvo dos o tres excepciones, pasaron las figuras y eminencias de aquellos años: desde Quintana Roo, Gorostiza, Tornel, Gondra, Ortega y Olaguíbel,

hasta los muy jóvenes Prieto, Ramírez, Calderón y Payno, pasando por Carpio y Pesado, y a casi todos él los publicó. Quizá la única gran ausencia la representó don José Justo Gómez de la Cortina, hombre lúcido y de vasta cultura, pero quien estaba del todo convencido de que la única manera de escribir bien se daba siguiendo los dictados y las pautas de la Real Academia de la Lengua Española. Los jóvenes lateranenses lo aborrecían sin dejar de reconocer sus méritos y afanes. Sabían que era un enemigo temible. Pero ¿qué quería?, se preguntaban en las reuniones del café Veroly, y después en las del café del Progreso, que sustituyó al Veroly, poco antes de que empezaran las funciones de teatro a la que algunos o todos asistirían. ¿Qué quería, si en este país había pocos libros y los pocos no estaban al alcance de la plata de jóvenes como ellos? Qué fácil recomendar cincuenta o cien libros, cuando se ha sido hijo de noble, rico, tenido altos puestos en el gobierno, comido muy bien, dormido con placidez en casa grande, mientras ellos tenían que remover cada céntimo en el fondo de sus bolsillos. Él no sabía, opinaba Manuel Tossiat, lo que es ver al vino convertirse en humo y al pan en piedra. Preferible tener una prosodia defectuosa, si en los versos hay música y alma, agregaba Prieto. ¿De qué sirvió la Independencia si criollos cretinos se sienten aún con derecho a ostentar su linaje nobiliario más falso que un discurso de orador o de político?, preguntaba el propio Rodríguez con resentimiento y enfado.

Pero en cambio, frente a eso, qué emoción fue ver llegar a las sesiones de los jueves de la Academia (que ya para entonces se efectuaban en la biblioteca del Colegio con la asistencia incluso del rector Iturralde) al rumbo y trueno de

la intelectualidad mexicana. Recordó lo que había comentado hacía poco Manuel Payno en las reuniones del café del Progreso, de que los días vividos en la Academia habían sido los más felices de su vida. Quizá el momento más recordable (y en eso todos coincidían) fue el arribo a las sesiones de don Andrés Quintana Roo. Al verlo entrar, todos quedaron estupefactos. Jamás le pasó por la cabeza a ninguno que pudiera darse una vuelta por allí. Con su modesta grandeza, con su sencillez intrínseca, Quintana saludó con una frase afectuosa: “Vengo a ver qué hacen mis muchachos”. Todos se levantaron y aplaudieron. Se le declaró de inmediato presidente perpetuo de la Academia. El adolescente Prieto comentó que era como si llegara a visitarlos la patria y recordaba que el cura Morelos dictó a Quintana en 1813, en Chilpancingo, los *Sentimientos de la Nación*. Rodríguez imaginó a Quintana en el campo de batalla junto a Leona Vicario. Alguna vez alguien debía llevar al teatro o a la novela la historia de esos amores que crecieron con el tremolar de las banderas y el fuego cruzado en el campo de batalla.

Pero qué honrados y ejemplares fueron los mayores al aceptar la crítica de los más jóvenes. Nadie en eso, pensó Rodríguez, igualó a los católicos José Joaquín Pesado y Manuel Carpio, que escribían como clásicos, y quienes estaban siempre dispuestos a oír con buen talante las observaciones críticas, aun las agrias, y a reconocer el mérito de los otros. ¿No había dicho el propio Pesado —a quien el gran Heredia llamó el Cisne de Orizaba, y a quien todos llamaban el Príncipe—, no había dicho al joven Fernando Calderón que en su vida tendría su facilidad de escritura como de inusitado torrente? ¿No había dicho asimismo José María Tornel que debía dárse-

les apoyo a los jóvenes talentos, porque no se sabía si alguno llegaría a ser un Napoleón o un Shakespeare y no debía estorbarse “el camino a quienes aspiran a la gloria”? ¿No habían defendido a rajatabla Quintana Roo y Tornel, contra la furia inconsecuente del rector Iturralde, del padre Guevara y de Clemente Munguía, el derecho de Ignacio Ramírez a leer en una sesión su texto “No hay Dios” aduciendo que no soportarían la censura y amenazando con trasladar las sesiones a otra parte?

De los mayores, con quien Rodríguez tuvo quizá mejor relación, fue con Pesado, quien era en mucho el reverso de él, pero que a diferencia del Conde de la Cortina, nunca hacía sentir que traía en la mano derecha un látigo de espantajo ni se creía el poseedor de la verdad. Apuesto, bien parecido, elegante, de conversación fluida, en Pesado había una armonía corporal y de alma que nunca tuvo él. De los lateranenses, excluyéndose a sí mismo, nadie colaboró más en los cuatro tomos del *Año Nuevo* que el Príncipe Pesado. Rodríguez presintió que ese amigo sería una de las gentes que más extrañaría en las Repúblicas del Sur y en el imperio del Brasil.

Después de dar una vuelta por el exterior de la Alameda, Rodríguez regresó por San Juan de Letrán, dio vuelta a la derecha por Zuleta, tomó Colegio de Niñas y volvió a pararse frente al Teatro Principal, ahora en la calle de Coliseo, frente a la puerta central. Se le salían las lágrimas. Era una tortura no verla por última vez pero hubiera sido una tortura verla por última vez.

Adoraba a Soledad pero apenas podía respirar el ambiente que la rodeaba. Todavía en marzo y abril, cuando asistía a los ensayos de *El privado del virrey*, ya en las butacas u oculto tras bastidores, era siempre lo mismo, y peor cuando terminaba una puesta en escena, como sucedía al final de las funciones del teatro familiar, donde Soledad protagonizaba obras como *Un novio para la niña*, *Un ramillete*, *Muérete y verás*, *La ciega*, *Una carta* o *La madrina*. La joven recibía siempre en abundancia flores, regalos, coronas, mensajes de fuego y ceniza. Todo el tiempo era asediada por viejos y jóvenes crosos que iban a la caza de una presa menos o más fácil que se convirtiera en un número más en la larga lista. Nada como esto lo ponía fuera de sí; nada lo colmaba más de rencor y de resentimiento social. La madre misma de la bella actriz, quien se la vivía en la zambra y en la fiesta, recomendaba a la hija que, si encontraba un hombre rico con buenas intenciones, no desdeñara casarse con él. "*Dineros son calidad, y no versos*", se decía Rodríguez.

Pero pese a todas las atormentadas fantasías y a los desgarrados celos del joven poeta, Soledad era vista en sociedad como una joya en el orbe de barrizal de los comediantes. Pese a ser la primera actriz del Principal, jamás se vio envuelta en escándalos o en rápidos deslices. Se le tenía en alto aprecio por su trabajo honesto en el teatro de familia y por haber mantenido durante años a su padre y parientes. Rodríguez sabía que él, en cambio, no era bien visto en el medio. Les parecía un lírico intruso que buscaba en el teatro renombre y resonancia inmediatas. Se le desdeñaba, y aun se le depreciaba, no sólo por vérselo como un jovenzuelo advenedizo, sino por su fealdad excluyente, por su

condición de indio, por su ausencia de modales y su vestimenta estrafalaria y mísera. Eso prendía fuego a la ira de Rodríguez que veía en ellos a gente ignorante, fatua, en fin, a una turba roñosa dispuesta a diario a las pequeñas intrigas, a envenenar el aire con calumnias y chismes, y a gozar, como si estuvieran en el escenario, con el solapado ejercicio de la maledicencia diabólica.

Él sabía que, pese a sus fantasías y delirios para denigrarla frente a sí mismo, para arrancársela de la cabeza, la joven era una excepción de virtud. Por eso le calaba hasta el fondo del corazón y del alma su actitud fría y sus palabras despectivas cuando pretendía acercársele. Todo en ella le atraía: el talle esbelto y leve y la majestad modesta, la mirada melancólica y su trato delicado y gentil. Le atraía encontrar la misma huella de la desdicha que a él lo persiguió desde niño. Para él Soledad era como dos mujeres: la joven comedianta y la joven sin maquillajes ni afeites. Qué modestia en la belleza de Soledad, a diferencia de las señoras pudientes, sin usar en su cabeza trapujos ni peinetones, pirámides ni obeliscos.

“Yo amaba a la mujer y no a la artista”, comentaba hacía poco con los amigos en una de las mesas con base de tripié del café del Progreso, mientras bebía un licor. “¿Pero cómo quitarle los pétalos a una rosa de oro sin que deje de ser perfecta?”, aducía Prieto que trataba de convencerlo de que tomara en cuenta los años perdidos en una obsesión estéril. “En toda la historia nunca ha podido desatarse un nudo gordiano”, terciaba con ironía Fernando Calderón, quien visitaba a los amigos de México de vez en vez, y quien de asuntos de mujeres conocía de más. “No sé cuántas veces he hecho el *oso*”, concluía débilmente Rodríguez.

Mientras caminaba por Coliseo Viejo en dirección a la plaza principal, Rodríguez pensó, con amargura triste, en Payno y Calderón, a quienes las jóvenes perseguían como los peces necesitan el agua. Tenían ambos lo que Dios no le otorgó: buena posición social y una simpatía espontánea que parecía un aire claro. Dondequiera eran bien recibidos. Ambos sabían hablar a las muchachas y conocían toda suerte de juegos y diversiones para convertirse en centro y alma de las reuniones, de fiestas familiares, de bailes y de los paseos por la zona del Cabrío, de Chimalistac y de Tizapán. Un mundo que no fue para él. Un mundo que nunca sería para él.

Se detuvo frente al número 3 del Portal de los Agustinos. A su derecha, inmediatamente, se veían el Portal de Mercaderes y la vasta plaza principal.

En el local se hallaba, hasta hacía un año y medio, la mejor librería de la ciudad, y arriba, en los altos, su cuarto de pobre. En la librería de su tío hizo de todo, desde dependiente hasta mandadero, y en ese cuarto vivió por casi trece años. Hacía año y medio, en noviembre de 1840, habiendo quebrado Mariano Rivera Galván, se halló literalmente en la calle, y de no ser por la mano amiga del ministro José María Tornel, no habría sabido qué hacer ni la manera de sobrellevar la situación.

Se le cerró la garganta al recordar las tertulias que organizaba su tío hacia fines de los veinte con el rumbo y trueno de los poetas y literatos de entonces. Él era muy niño y las palabras y opiniones de Couto y de Pesado, de Ortega y del divino Tagle, resonaban armoniosamente en su cerebro y

en su alma y lo llevaban en esos días a un mundo de magia y esplendor. De la librería, con permiso del tío, tomaba los libros que en largas noches fértiles leía a la vaga luz de una candela.

Caminó hacia el Portal de Mercaderes, cruzó el café del Cazador y se detuvo en Plateros. Vio hacia el cielo y en el cielo apenas se veían las estrellas.

Él sabía lo que decían los amigos de él: que estaba hecho de la madera talada de los árboles de la desdicha.

Ese domingo 12 de junio de 1842, desde la borda del vapor *Teviot*, sintiendo en el rostro y los brazos descubiertos la frescura de la brisa, Rodríguez veía las aguas oscuras del Atlántico en el Golfo de México. Volvió la vista hacia el cielo. Vio la luna y pensó en la de Ciudad de México. No había vuelta atrás.

Había salido de la baliza de Nueva Orleans y en unas horas estaría en La Habana. Al pensar en la ciudad de La Habana, fue inevitable asociar con José María Heredia, hermano en la pena, tristemente muerto hacía tres años en calle del Hospicio. Recordaba al poeta cubano llegar arras-trándose como vago espectro a la librería del tío, desgarrando el aire con una tos desgarrada, para conversar con él, porque Heredia lo veía —así lo dijo más de una vez— como su heredero natural en la poesía y en el espíritu. Sin duda exageraba. ¿Cómo podía él, Rodríguez, igualarse y escribir poemas perfectos como “En el teocalli de Cholula” o “Niágara”? Si como poeta no podía pretender la igualdad, podía hacerlo como hombre al compararse en la desventura:

Si no heredé tu numen elocuente
Tu mala estrella sí.

¿Pero qué México dejaba ahora? México estaba en manos de un tirano, de aventureros sin ninguna honra que sólo anhelaban el poder para colmar sus ambiciones y afanes de enriquecimiento, de una soldadesca voraz y corrupta que sólo ganaba batallas contra los propios nacionales, de un vulgo abyecto capaz de todo porque le dieran las sobras del festín. En México sólo se escalaban puestos por la lisonja y el dinero.

Pero era su país. Pero era el lugar que en otras circunstancias jamás habría dejado. Volvió a mirar las aguas donde ahondaban la luna y las hojas de oro de las estrellas. En las páginas de la memoria empezó a caligrafiar y a repetir versos:

Así como hoy la luna
En México lucía.
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.
¡En México!... ¡oh memoria!...

Y se puso a llorar...

Cuando en 1845 Payno visitó La Habana se alojó en el hotel Francés, en calle Teniente del Rey. Pronto sabría que fue el hotel donde tres años antes se albergó Rodríguez y que dormía incluso en el mismo cuarto. “Y tal vez es la misma cama”, pensó.

Payno buscó dos cosas en los días que pasó en la ciudad: conocer muchachas y a los poetas y literatos que trataron a Rodríguez, sobre todo a los señores Lasalle, José Jacinto Milanés y Antonio Bachiller. Sólo pudo ver a este último: los Lasalle se hallaban fuera de la ciudad y Milanés no había resistido en 1843 el gran éxito de su drama *El conde Alarcos* y se le internó en un manicomio.

Payno se enteró de pormenores que los amigos desconocían en México. Teniendo por primera vez dinero en su vida, Rodríguez, durante un mes y una semana, se permitió toda suerte de desafueros bajo el verano violento: comía y bebía desmedidamente, se bañaba en el mar a horas inusuales, se asoleaba cuanto podía e iba a toda suerte de tertulias de artistas y escritores. El 19 de julio, el día preciso que debía partir hacia Venezuela en el vapor *Téviot* junto con el diplomático Manuel Crescencio Rejón, lo aferraron con tenacidad las garras del vómito negro.

“Fue una gran pena”, dijo Bachiller.

Y contó que Rodríguez había caído muy bien desde el principio en el ambiente literario y artístico de La Habana y aun tenido tiempo de fomentar el conocimiento de la obra de escritores de México, incluido Payno. Al enfermarse, Bachiller lo llevó a su casa fuera de La Habana para que tomara el aire puro, lo cuidó con su familia, pero el día 25 murió a las cinco de la mañana. Para que no lo enterraran en una de las cuatro fosas comunes que se hallan en cada uno de los cuatro ángulos del cementerio Espada, lo trasladaron a la cripta familiar. Manuscritos, dinero y pertenencias se entregaron a la Legación Mexicana. Payno dijo a Bachiller que Rodríguez pasó solitario por la vida y solitario entró a

la eternidad y que con su muerte moría en su cuna el teatro de expresión mexicana.

Payno recordaría como uno de los momentos más tristes de su vida cuando, acompañado por el mismo Bachiller, visitó la cripta. La mañana era clara, el cielo de un azul amarillo húmedo y la brisa llegaba leve desde el mar que rodeaba el cementerio. Era un contraste doloroso contemplar simultáneamente tanta belleza en el paisaje y las hileras de sepulcros.

Bachiller señaló el lugar exacto donde yacía Rodríguez. Largo rato Payno permaneció de pie y en silencio mirando la cripta, y más lejos, los colores verdes y azules cambiantes del mar. Martillándola insistentemente, venía a la memoria de Payno una frase dicha por el ministro Tornel que resumía la vida de Rodríguez y ahora él podría grabar como un epitafio imaginario en la piedra: “Nació, vivió infeliz y murió”.

Cinco años, cuatro meses y veintiún días después del fallecimiento de Rodríguez murió Soledad Cordero en la ciudad de Zacatecas. Murió a los treinta y un años, ocho meses y cinco días de su vida, el 16 de diciembre de 1847. Por las calles de la ciudad pasaban las sombras de los rondines del ejército de ocupación estadounidense.

El día 17, la ciudad, en señal de luto, cerró las puertas de todos sus comercios, y los zacatecanos en masa hicieron largas filas desde la alameda para ver por última vez el cuerpo de la actriz inolvidable en la nave de la iglesia de Nuestra Señora de la Soledad de Chepinque. Amortajada de blanco, Soledad Cordero sonreía de tal manera en su

ataúd que parecía la última imagen de una representación teatral que protagonizaba.

Se le enterró entre altos y viejos cipreses en el breve cementerio contiguo al templo, en una modesta sepultura, que hacía recordar la decencia y la austeridad con que vivió sus días.

Nadie mencionó a Rodríguez. Nadie supo acaso que alguna vez pasó por esta tierra.

ARRÓNIZ

“Nunca supimos qué iba a hacer a Puebla”, dijo Juan Díaz Covarrubias esa tarde de diciembre de 1857 en un gabinete del café de La Gran Sociedad. Lo oían Luis Gonzaga Ortiz, Francisco González Bocanegra y Florencio María del Castillo.

—Y totalmente solo...

Se miraban como con temor y vergüenza. Se sentían aturridos, angustiados. La mirada triste de Juan se hundía más en la tristeza. Los ojos azules de Francisco, siempre vivaces, se habían tornado opacos. Bebían lenta, casi ahogadamente un catalán. Florencio tenía fija la vista en la mesa como si no viera nada.

Entró Ignacio Manuel Altamirano.

Era enero de 1851. De entre dos candidatos conservadores, los generales Mariano Arista y Juan Nepomuceno Almonte, el Congreso eligió al primero. Enemigos entre sí no había mayor diferencia; ambos cambiaban de bandería según sus intereses y ambiciones. Sin embargo en el Congreso prevalecían los liberales. Diezmado endémicamente por las guerras,

las malas administraciones, la incertidumbre política y la corrupción, el país se hallaba de hecho sin recursos.

Se inauguraban ese enero los cursos en el Colegio de Letrán. El rector José María Lacunza invitó al acto a los jóvenes escritores del Liceo Hidalgo. En la Ciudad de México decir Lacunza y Colegio de Letrán era de hecho un sinónimo.

Francisco Zarco entró por el callejón de López. La luz fría de invierno caía sobre las tienduchas donde se acostaban las prostitutas. Desde fuera podían verse las ventanas de los cuartos de los colegiales y de la administración escolar. La oscura entrada tenía la forma de un cono que, daba la impresión, conducía al infierno.

Lacunza hizo pasar a Zarco al desmedrado despacho de la Rectoría. Preguntó cómo marchaba el Colegio; habló de las cátedras: jurisprudencia, filosofía, griego, francés, inglés, dibujo, gimnástica, primeras letras, gramática latina y española... Actualmente tomaban clases cerca de cien colegiales. Le inquirió por la Academia de Letrán de los años de su juventud; al frío Lacunza lo vio Zarco emocionarse por primera vez; evocaba los años de resplandor creativo, cuando varias generaciones de poetas, escritores y científicos se dieron cita entre 1836 y 1839, primero en su cuarto, y luego, cuando empezó a llegar la cepa intelectual, en la librería del Colegio. Pese a su difícil catolicismo, el rector José María de Iturralde apoyó con entusiasmo esas reuniones y aun participó en muchas de ellas. Iturralde había sido rector del Colegio por cosa de veintidós años: salvo 1833, de 1825 a 1848; Lacunza tomó su lugar. Lacunza recordó que Iturralde, como ahora

él, invitaba a jóvenes poetas para que leyeran sus odas didácticas en fechas significativas de la patria o del Colegio con el fin de que a los alumnos, o al menos a algunos de ellos, se les quedara una mínima luz de la centella formativa. ¡Y era de ver cómo Lacunza, con su memoria milimétrica, pormenorizaba esas reuniones a las que llegaban Quintana Roo, Carpio, Pesado, Gorostiza, y jóvenes como Prieto, Ramírez, Calderón, Payno y, la hoja filosa del cuchillo, Ignacio Rodríguez Galván! Ya habían muerto Rodríguez y Calderón en la joven edad y se encontraba muy grave don Andrés Quintana Roo. La Independencia ayudó a desterrar a las sombras de las sombras la poesía de campanario, de decorado barroco o de pastores y zagalas en alquerías y vegas, y eso se debía fundamentalmente, presumía Lacunza, a la Academia de Letrán.

Ahora que había surgido esa camada de brillantes jóvenes del Liceo Hidalgo, quienes se reunían en el Colegio de Minería, convidados por el director José María Tornel, como Marcos Arróniz, Francisco González Bocanegra, Luis Gonzaga Ortiz, José Tomás de Cuéllar, Fernando Orozco y Berra, Lacunza quería integrarlos, o al menos acercarlos, al Colegio, en especial a ese muchacho sombrío y de escasas palabras, pero de gran talento y cultura, Marcos Arróniz, quien leería hoy el poema inaugural de los cursos, y a ese otro, Francisco González Bocanegra, que el 15 de septiembre pasado había leído aquí un discurso sobre la literatura nacional. En septiembre de aquel 1851 Arróniz fue designado presidente del Liceo Hidalgo.

Por una mala especie que le hicieron saber, Guadalupe González Pino rompió el compromiso matrimonial con su primo Francisco. Hundido en las aguas inciertas del tormento y la desesperanza, González Bocanegra empezó a escribir poemas que eran, a decir de los liceohidalguenses, “mucho más sinceros que buenos”. Fue inevitable asociar su tormentosa experiencia con la que vivía dramáticamente por esos años José María Lafragua con Dolores Escalante.

Para Marcos el año de 1852 fue dolorosamente difícil: enamorado sin perspectiva ni luz de María Concepción, escribía poemas que publicaba en las revistas literarias de Ignacio Cumplido, *La Ilustración Mexicana* y *El Presente Amistoso*. Si la joven lo saludaba o le sonreía alguna vez en la calle o en las reuniones era suficiente para punzarse el corazón con las espinas de la corona. De nada servía que sus amigos le recomendaran retirarse, diciéndole que, si tantas jóvenes serían felices de que él las cortejara, por qué se obstinaba con una que apenas se molestaba en verlo y que mientras él más la perseguía más se le alejaba. Hermosísima, de una avispada ligereza, enamorada del esplendor de los bailes y de saberse admirada en los paseos de Bucareli y La Viga y en los palcos de los teatros, la espléndida muchacha representaba el extremo opuesto de lo que era el pretendiente.

Cuando los amigos leyeron en *La Ilustración Mexicana* su largo poema “Zelos”, pese a escenas, estrofas y versos deshilvanados, pese a interrupciones abruptas y caídas rítmicas, supieron que aquel joven de veintiséis años había escrito la mejor pieza, al menos hasta entonces, entre los

jóvenes del Liceo Hidalgo, pero también percibieron el callejón sin salida donde se hallaba. Zarco comentó que las escenas en la que Marcos imagina la cópula ardiente con la joven eran una sublimación de la escena al rojo vivo del “Canto II” del *Don Juan* de Lord Byron, donde Juan y Hayde hacen el amor en una gruta oyendo al lado los rumores del mar. “Ya saben por qué al bien parecido Marcos le gusta tanto que le digan Byron.”

Marcos y Francisco bebían juntos o a solas el agrio vino del desconsuelo en cafés, en las redacciones de *La Ilustración Mexicana* y *El Siglo Diez y Nueve* o en la gala de las fiestas aristocráticas.

En septiembre de 1852 Marcos dejó la presidencia del Liceo Hidalgo; lo relevó Zarco. Los problemas no cesaban en el país. A nadie odiaban más los conservadores como al gobernador michoacano Melchor Ocampo, a quien tildaban de ateo y de atentar contra los bienes de la iglesia y de los grandes propietarios. Temían que sus ideas y prácticas se propagaran por el país “para terminar con la gente de bien”. El estado de Jalisco era un volcán en erupción. En el mes de octubre, la guarnición militar de Guadalajara se pronunció contra Arista: exigían su dimisión, sostener el sistema federal, e, increíble y paradójicamente, decía Prieto, mencionando con sarcasmo nombres y apellidos, el regreso desde el norte de Colombia del general Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna y Pérez de Lebrón.

En noviembre de ese año murió el padre de Marcos. Fue una cuchillada en el vientre que lo dobló y de la que en el fondo no se recobró nunca. Marcos se volvió por un tiempo más taciturno y evasivo. Su padre lo había formado

moral, intelectual y políticamente, y en las horas opacas, le daba consuelo, alivio y luz.

A principios de 1853 renunció Arista. Se sucedieron como interinos Juan Bautista Ceballos, presidente de la Suprema Corte de Justicia, y el general Manuel María Lombardini, a quien los conservadores juzgaban necio e incompetente. Se ultimaba al federalismo. El político e historiador Lucas Alamán organizó una comisión, encabezada por Antonio de Haro y Tamariz, para invitar al general Santa Anna a asumir de nuevo la presidencia. La comisión se trasladó a Turbaco, pueblo pequeñísimo, próximo a Cartagena de Indias, donde Santa Anna compró casa y hacienda y se dedicaba a la cría de ganado y a organizar peleas en las galleras. En la carta, Alamán condicionaba el ofrecimiento: respeto a la religión católica y a la propiedad privada y no dejarse envolver en la red habitual de los aduladores ni desatender sus obligaciones yéndose a su casa de Tacubaya o temporadas periódicas a su hacienda de Manga de Clavo. Al asumir la presidencia el 20 de abril, Santa Anna designó como ministros al general Antonio Haro y Tamariz en Hacienda y a Lucas Alamán en Relaciones Exteriores. La bienvenida a Santa Anna en Veracruz y en la Ciudad de México fue entusiasta y tumultuosa. “No hay nada más inconstante que el sentimiento de los pueblos”, comentó Guillermo Prieto con Francisco Zarco en una mesa del café del Cazador.

Apenas asumió el poder, Santa Anna, con la Ley Lares, de inmediato impuso la censura a la prensa con el pretexto de una nueva constitución, quiso “europeizar” el ejército com-

prando uniformes, y creó la policía secreta. Empezó una impresionante leva de indios para integrarlos al ejército con el fin de blanquearlos emblemáticamente y convertirlos en húsares. La Ciudad de México se volvió un gran salón de fiestas para políticos y magnates.

Hábil con el caballo y el sable, Marcos se incorporó al ejército. Pronto ascendió a capitán de Lanceros. La llegada al poder de Santa Anna empezó a querellar a liberales y conservadores aun entre los propios liceohidalguenses. Por un lado, Francisco Zarco, Florencio María del Castillo, Luis G. Ortiz y José T. de Cuéllar; por el otro, Arróniz, González Bocanegra y Sebastián Segura.

Esa tarde de principios de junio Luis G. Ortiz acompañaba a Zarco. Hacía unos días había muerto Lucas Alamán. Los jóvenes liberales lo lamentaron poco o nada. Lo responsabilizaban ante todo de la injuriosa traída de Santa Anna. “Era un hombre lleno de odios —decía Zarco—. Siempre creyó merecer más de lo que tuvo. Quería que México volviera a los siglos de la Colonia. Cuando vio la bandera de los Estados Unidos en el asta del Zócalo en 1847 dijo que representaba un castigo de Dios a México por haberse liberado de España. Por más que hizo nunca pudo lavar de su piel las manchas de sangre que le salpicaron con el fusilamiento de Vicente Guerrero. Lo absolvió gente igual a él.”

Caminaban por la plaza del Zócalo de poniente a oriente dirigiéndose a la plaza del Volador. Tenían de frente Palacio Nacional con su torre del reloj, sus balcones con verjas de hierro en el piso alto y sus ventanas asimétricas en el en-

tresuelo. En la plaza del Volador, al fondo, se veía la fachada de líneas sencillas de la Universidad. Por la entrada de dos arcos, desbordaba el oleaje estudiantil.

Entraron. En el centro del patio, al pie de la estatua de Carlos IV conversaban en corro Segura, Bocanegra, Ortiz y Arróniz. Los saludaron. Se cruzaron entre todos chanzas y puyas. Al ver a Marcos con sus arreos de soldado, Zarco dijo: "Tenemos entre nosotros a la doncella de Orleans". Le preguntó si con ese uniforme iba a luchar contra los estadounidenses a los que odiaba tanto. Marcos apretó los labios.

Regresaron por la acera de Palacio Nacional. Ligeramente sesgado, se veía el sagrario de la Catedral con su portada churrigueresca y detrás el cielo azul con unas cuantas nubes. Al fondo se adelgazaba la calle del Relox, y más allá, en el fondo, más allá de la Colegiata de Guadalupe, se distinguían los cerros oscuros y azules del norte de la Ciudad de México. En la esquina norte del Palacio Nacional, doblaron hacia Moneda, y Zarco depositó una carta en el correo.

Zarco quería y admiraba a Arróniz pero políticamente eran las antípodas. Hacía poco Zarco había publicado en *La Ilustración Mexicana* una prosa breve, "El Poeta", que se la dedicó, porque le parecía eso, el mejor poeta de la generación naciente. Zarco comentaba que había hablado varias veces con él para disuadirlo que su militancia santanista era hundirse moralmente en el cieno. El mismo Ortiz, el más joven del grupo, buscaba convencerlo, arguyéndole que el artista, salvo en el caso de una invasión, no debía inmiscuirse en asuntos militares. Zarco y Ortiz insistían a Arróniz que sus altos y claros modelos, Byron y Espronceda, lucharon contra la tiranía y no a favor de ella. Que la libertad

la representaban los liberales y un joven con sus dones debía de ser un liberal. ¿No era contradictorio que en sus poemas afirmara, por un lado, que la libertad era su ídolo, y por el otro, se encantara departiendo en reuniones y fiestas con la chusma lujosa de la reacción mexicana? “Y Bocanegra anda por el estilo”, añadió Ortiz.

Zarco calló unos instantes.

—El proyecto de nuestro grupo se está yendo, si no es que ya se fue, al despeñadero. ¿De qué me sirve ser presidente del Liceo si las sesiones se han suspendido y *La Ilustración Mexicana* corre el inminente riesgo de cerrarse? *El Monitor Republicano* debió cerrar y en *El Siglo Diez y Nueve* mismo no publicamos noticias políticas.

Harto de sus burlas y críticas, Santa Anna decretó la expulsión de Guillermo Prieto. No olvidaba asimismo los artículos de Prieto en la revolución de diciembre de 1844, cuando debió dejar la presidencia, y las páginas reprobatorias a su conducción de la guerra contra los estadounidenses en 1847.

Zarco y Ortiz se encaminaron a casa de Prieto. Pasaron.

Prieto sirvió un aguardiente. Me han contado —dijo Ortiz— que en la década pasada su madre y usted rentaban habitaciones en la casa de Alamán en Ribera de San Cosme.

Con su picardía habitual, con ese colorido de su plática, lo recordó chaparrón, de cabello poblado y cano, y con unas gafas pequeñísimas. “Las tenía de todos colores”, rió. Había en don Lucas una parte chocarrera, contaba Prieto, y sabía reírse de sí mismo. Hispano de raza, se comportaba como francés,

admiraba de los ingleses el desarrollo de la industria y la economía y se resignaba a la condición ofensiva de ser mexicano. “Hasta creo que por eso nunca perdió el ceceo. Sólo creía en los criollos y él mismo se creía superior. En el fondo sus odios y fobias fueron producto de una vanidad profundamente herida. Dios se portó mal con él y no lo hizo vivir en la Nueva España del siglo XVIII. Nadie como él para sustituir al virrey Revillagigedo.”

—Pero en su *Historia* —respingó Zarco— los únicos que valen la pena son los hipócritas y santurriones del partido clerical y sus protectores racistas. Su historia es menos fiel a la verdad que a los ajustes de cuentas personales. Los indios existen pero como una raza inválida; eso, para él, fue culpa de los indios por no tener el tino de nacer en Francia o en Inglaterra. ¿Hidalgo y Morelos? En sus páginas terminan como un toro para el arrastre.

—Vienen ahora con Santa Anna tiempos difíciles. Será igual, o peor, que en el ‘44, cuando lo expulsamos: la orgía palaciega, el tahúr como hombre respetable, el agio con el rostro de la caridad, las prostitutas de lujo para los incondicionales —dijo con acritud Prieto.

Se despidieron. Se dieron un fuerte abrazo ignorando si volverían a verlo. En la calle, observándolo de reojo, pese a la oscuridad de la noche, Ortiz notó que Zarco lloraba.

Marcos invitó a Ortiz y a Cuéllar a uno de los saraos en Palacio Nacional. Entraron. Saludaron de lejos a Francisco y a Guadalupe. Francisco se acercó para anunciar su compromiso matrimonial. Se casarían en el curso del año siguiente. Marcos

los felicitó. Se alejaron. “Parecía todo perdido para él”, dijo Marcos, y recordó uno de los poemas del amigo escrito a Elisa (así la llamaba en sus versos) apenas el año anterior. “Le he dicho que cambie el título al libro. Se necesita valentía cursi para ponerle *Vida del corazón*”, apostilló Cuéllar.

Cuéllar veía de lejos a González Bocanegra. A sus veintinueve años tenía un porte elegante y vestía con decoro. Parecía más un nórdico, con el cabello rubio y los ojos azules, que un español o un mexicano. Su mirada tenía una vivacidad rara y extraordinaria. Guadalupe era una joven bonita, de rasgos finos, delgada, de modales impecables.

Desde su llegada a Ciudad de México, siendo todavía un niño, Marcos se había enamorado de María Concepción, pero desde entonces, sobre todo a últimas fechas, los celos, o los *zelos* como él los llamaba, lo hacían tocar las puertas del desánimo. Una de las principales causas de la entrada a la Guardia de Lanceros fue para darse y darle una imagen de valiente y asistir a fiestas en salones de gobierno y en casas de los ricos y estar cerca de ella.

María Concepción iba de un lado al otro de la sala. Esbelta, de cabellera rubia, ojos azules, tenue, parecía no tocar con sus pies la alfombra. Vestía una saya color negro y una mantilla blanca.

Marcos contaba que había hecho lo posible y lo imposible proponiéndole el compromiso de mil maneras y ofreciéndole todo lo que tenía al alcance. Cada poema de amor escrito desde 1846 tenía una sola destinataria. En sus viajes por la república o en su estancia en Cádiz, comparadas con ella, las demás jóvenes eran beldades opacas. Por ella buscaba la grandeza sólo para compartirla.

Los amigos contemplaban el baile. Lo que a Arróniz le parecía, según sus palabras, de una pompa digna de las grandes capitales de Europa y un cuadro encantador, a Cuéllar y a Ortiz les causaba un profundo malestar. Era demasiado tal gala y dispendio.

Con Marcos se acercaron a saludar —una más bella que otra— a las Zozoya, a las Pacheco, a Paz Villamil (hija de la Güera Rodríguez), a Hipólita Urruchúa. Era imposible no maravillarse ante el número de muchachas que lucían sus sayas y mantillas de Manila y los vestidos de raso o terciopelo. La mayoría, comentaban las Zozoya, se alhajaban y vestían con Virginia Gourgués. Ortiz veía a Paz Villamil con sus cuencas de cabello junto a las sienes y las crenchas abiertas detrás de la cabeza. “Lo único bueno de los ricos son sus mujeres y su coñac”, reía Ortiz.

Pero los amigos tenían la impresión de que más allá del relumbrón superficial, Marcos sabía que aquel no era su mundo. Lo hubiera dejado, lo dejaría a ciegas, si María Concepción aceptara irse con él. Cuántas veces no imaginó hacer el amor con ella en el campo oyendo las voces de los pájaros y los murmullos de las fuentes. Cuántas veces no imaginó besar cada milímetro del cuerpo de la joven hasta hacer hervir la lava.

Carmen, una amiga de Marcos y María Concepción, se acercó a la esquina del salón donde estaban los amigos. Se despidieron las Zozoya y las Pacheco que no dejaron de fisgonear y murmurar toda la noche.

María Concepción parecía lumbre móvil. Cócoras chinchorreros, como enjambre de abejas, volaban y zumbaban en torno de ella. Con uno bailaba un vals, con otro una

contradanza, con el tercero una polka, con un cuarto una mazurka, y la muchacha sonreía a uno, susurraba a otro, miraba con languidez a un tercero, le daba un papelito al cuarto. Marcos fruncía el ceño, hacía gestos, palidecía, tragaba saliva, daba vueltas en pequeños círculos. Pasaba de la rabia a la tristeza y de la tristeza a la desesperación.

Se acercó a la muchacha. La invitó a bailar. Ella lo vio a los ojos un momento. Marcos se quedó estático.

Carmen caminó hacia donde estaba él.

Días después Luis G. Ortiz lo acompañó al paseo de Bucareli. Cruzaban carruajes y caballos de sur a norte y de norte a sur: de la garita de Belén a la plaza de toros y viceversa. María Concepción asomaba por la ventanilla de un carruaje. El avispero de jóvenes volaba en torno de la flor.

—No debía decirlo —murmuró Marcos—, pero si no fuera por Dios y el recuerdo de mi padre, despedazaría a todos estos currutacos inmundos.

Cuando el carruaje pasó frente a los jóvenes, la muchacha pareció no ver a Marcos.

Aquella noche del 19 de junio de 1853 Francisco, Luis y Marcos visitaron a Carmen en su casa. Carmen era bella, dulce, tranquila, de suavísimas maneras. Enamorada de Marcos, como Marcos de María Concepción, varios amigos la asediaban sin éxito. Después de la muerte del padre de Marcos, Carmen había sido para él, en los meses difíciles, la dulzura que no hay en la sombra o niebla. En las horas de

la visita Marcos estuvo taciturno y melancólico. Al término de la cena, Carmen le pidió unos versos para su álbum. Para sorpresa de todos, Marcos aceptó; nadie recordaba que en ningún otro álbum hubiera escrito versos de cortesía; pero en el poema que improvisó se disculpaba de no poder cantar la hermosura y la gentileza de la joven, porque a causa de un amor, por el que se atravesaba como por un túnel sin luz al final, su lira estaba rota.

Luego de pasar la tarde sentados a la orilla de la fuente en el centro de la Alameda conversando sobre las jóvenes, rubias y blancas, que amaban, y del trato que de ellas recibían, Arróniz y Ortiz se encontraron con Zarco frente al convento de San Francisco y se encaminaron a la calle del Ángel a visitar al poeta José Joaquín Pesado. Mientras caminaban, Ortiz recordó lo dicho por Prieto de que el cuerpo pequeño de Zarco contrastaba con una inteligencia, una honradez y una valentía sin límites. Por la calle de San Francisco, en dirección a Palacio Nacional, en un carruaje, vieron pasar a Santa Anna y al general Martín Carrera, de quien Marcos era edecán.

En casa de Pesado se enteraron del fallecimiento de José María Tornel. “Un ataque de apoplejía”.

El velorio sería ese 11 de septiembre en el Colegio de Minería.

—Lo traté y aprecié mucho. Toda la vida fue el brazo derecho del general. Le hubiera gustado ser presidente. Alamán lo odiaba. Tornel no era más inteligente y talentoso que don Lucas, pero sí más tolerante.

—Don José Joaquín, discúlpeme —dijo Luis G. Ortiz—, Tornel era como Santa Anna y a veces *era Santa Anna*. Navegando en la veleta, cambiaba, según el aire, el uniforme rojo por el azul con tal de no renunciar al poder. Se unió a los insurgentes y luego los combatió. El virrey lo ascendió a capitán, pero prefirió, viendo la veleta, unirse al ejército trigarante y convertirse en iturbidista. Como Iturbide no lo recompensó como quería, se declaró al año siguiente federalista y liberal. Como secretario del presidente Guadalupe Victoria, Tornel fundamentó la expulsión de los españoles, y luego sirvió a Vicente Guerrero y a Anastasio Bustamante. Ministro en cada regreso a la presidencia de Santa Anna, declaró, contra el parecer antiguo, la improcedencia del federalismo. Diez años después de fundamentar la expulsión de los españoles, defendió las relaciones con España y se volvió más obispo que el obispo, y al último, presumía de monarquista y cobraba unos sueldazos como general de división, director del Colegio de Minería y senador. Desde luego su falta de actividad en todos, hacía que los puestos —no los sueldos— fueran honoríficos. Sin embargo lo reconozco como un gran anfitrión, y en un mundo de militares analfabetas, entre ellos el propio Santa Anna, era letrado.

—Nos trataba con afecto y respeto (Marcos).

—Nunca he visto un maromero con más suerte: caía siempre de pie (Zarco).

—Fue muy enfermizo. En los últimos años padeció mucho de los pulmones y el estómago. Murió como un buen cristiano (Pesado).

—Cuando se dirigía a nosotros en el Colegio parecía estar en una plaza pública. Como Santa Anna, no perdía

ocasión de fungir como orador. Al oírlo recordaba la crónica de Martínez de Castro donde lo llamaba Don Pomposo Rimbomba (Zarco).

—José María quería que lo recordaran como un hombre de espíritu que apoyó a los jóvenes. Protegió e impulsó cuanto pudo al desdichado Rodríguez. Recuerden también cuando defendió a Fernando Calderón diciendo que las revoluciones debían respetar el genio. Fue un ponderado compañero en las batallas civiles del partido —dijo Pesado con tristeza.

—Un ministro de Defensa que nunca estuvo en un combate —ironizó Ortiz.

Pesado sonrió. Parecía estar más allá del bien y el mal. Dijo: “Ahora vengo”.

Salió un momento y regresó con una charola con tazas de chocolate.

—¿Sabían —preguntó—, que renunció el general Haro al Ministerio de Hacienda?

—En el pecado santannista lleva la penitencia —sentenció Zarco.

—Debemos reconocer que don José Joaquín nos tiene una paciencia infinita. Otro nos hubiera sacado a patadas si habláramos así de sus amigos —dijo Ortiz, mientras iban de regreso caminando a través de la Plaza Mayor.

—Prieto me contaba que él y Carpio eran extraordinariamente tolerantes con los jóvenes insolentes desde los años de la Academia de Letrán. Aguantaban a pie firme sus críticas y no sentían tristeza ni envidia por el bien ajeno (Zarco).

El ministro Haro, harto de los caprichos y las arbitrariedades de Santa Anna, escribió con valentía un artículo terrible contra la corrupción en el gobierno. La persecución de Santa Anna contra él se tornó feroz.

—Cómo estaría la cosa —comentaba Florencio María del Castillo en el café del Progreso— que un pillo de la ralea de Haro viera más pillo a quien trajo de Turbaco.

Con su vena irónica, Florencio, que era muy alto, decía que Haro parecía uno de esos muñecos de juguete que nunca traen una arruga en el traje. “Su cortesía es tan fina como su voz meliflua. Pero el tipo es peligrosísimo. Detrás de ese cuerpo de paja es de una inteligencia perversa y de un valor férreo.”

Zarco contaba que desde agosto se corría el rumor de que Santa Anna había dado instrucciones a embajadores del partido conservador mexicano en Madrid y París con el fin de que intervinieran España, Francia e Inglaterra y se trajera a un príncipe español a gobernar este país sin rendición ni remisión. El gobierno lo negaba.

La leva forzosa de indios para el ejército crecía por miles. Para su escolta Santa Anna mandó traer mercenarios suizos.

Zarco, Ortiz y Castillo paseaban por el paseo de la Viga ese frío mediodía de diciembre de intensa luz. Como flechas disparadas llegaban a las orillas por las aguas pardas del canal las canoas conducidas por los indios que traían su mercancía. A través del extenso paseo, bordeado de árboles, iban y venían lentamente caballos y carruajes. Las señoritas movían sus abanicos y de carruaje a carruaje saludaban

a conocidos. Charros y rancheros se lucían haciendo suertes con los caballos. Cruzaban aguadores. A los lados se hallaban alineados múltiples puestos: de rábanos, de juiles, de lechugas, de palomitas, de cañas, de naranjas, de jaulas de pájaros canoros...

El Napoleón de utilería ha enloquecido, decía sarcásticamente Florencio María. Restableció la Orden de Guadalupe y se honró a sí mismo como Gran Maestre. Su camarilla se pronunció para que le fuera otorgado el título de Su Alteza Serenísima. Pese a no estar de acuerdo la “gente de bien” con sus tropelías, lo toleran por temor a la vuelta de los liberales.

—Para controlar al ejército, por medio de la corrupción y sostener el ritmo de las fiestas, ha impuesto gabelas por tener ventanas y pasear a los perros —apuntaba Zarco.

—Y el *Monitor* cerrado... —se lamentó acremente Florencio.

El año siguiente Marcos se refugió en los libros y en el ejército. Donde quiera se le veía con el uniforme de capitán de Lanceros. Pero con el corazón roto, sentía a menudo que el cerebro perdía su simetría y su orden.

Se leían sus poemas, por lo regular sonetos, que su amigo Zarco publicaba en *El Siglo Diez y Nueve*. Se observaba madurez técnica, cuidada musicalidad y un tono aflictivo por la pérdida amorosa. La mayoría de las piezas podían leerse en una doble interpretación: Arróniz equiparaba sus estados de ánimo a elementos y fenómenos de la naturaleza.

Francisco González Bocanegra había ganado el 5 de febrero de aquel 1854 el concurso para la letra del Himno Nacional. Premiado por los poetas conservadores José Joaquín Pesado, Manuel Carpio y Bernardo Couto, el dictamen se redactó el 9. Sólo se había visto a Francisco tan feliz el día cuando su prima Guadalupe le dio el sí matrimonial, luego de dos años de consumirse en la sombra. El Himno estaba dedicado con una zalamería insoportable a Santa Anna y contenía una estrofa ditirámbica para Su Alteza Serenísima.

Con acrimonia, con furia, Zarco comentaba en la redacción de *El Siglo Diez y Nueve* que al parecer Marcos y Francisco querían convertirse en el nuevo Ignacio Sierra y Rosso de Santa Anna. Y repetía aquella octava de Sierra y Rosso, decorativamente abyecta, que tanto gustaba repetir Guillermo Prieto de manera zumbona:

Viste muy dulce en calurosa tarde,
Es del océano la templada brisa,
Y dulce al joven amador cobarde
De su amada en los labios ve la risa;
Pero más dulce al corazón y arde
Dentro el pecho latiendo más aprisa,
Cuando el amor feliz repite ufana:
¡Viva el excelso general Santa Anna!

—¡Viva el excelso general Santa Anna...! —se carcajeaba Florencio.

—No hay un verso que no sea un ripio —reía Ortiz.

—¿Saben cómo le decía Prieto al chato Sierra? —preguntó Zarco—: “El licenciado general don Ignacio Sierra y Rosso”.

—Pero gracias a aguantar a pie firme las diarias humillaciones y burlas del presidente, Sierra tiene casas en todos los barrios (Florencio).

En marzo el viejo general Juan Álvarez lanzó en Guerrero el Plan de Ayutla en el cual se desconocía a Santa Anna y se pedía un presidente interino y el restablecimiento del sistema federal. El veinteañero Ignacio Manuel Altamirano se adhirió de inmediato al Plan que pronto se volvería una revolución. Quizá fue la primera vez que Santa Anna bajó de la nube y empezó a vislumbrar que la nación europea, en la que creyó vivir, no existía ni en la imaginación del más imbécil o chiflado de sus aduladores. Marchó a Acapulco a combatir la sublevación, pero pese a contar con fuerzas muy superiores, lo humilló el general Ignacio Comonfort al no poder romper el sitio del fuerte de San Diego.

Acaso presintió el principio del fin.

Los Estados Unidos querían el territorio de La Mesilla para construir el ferrocarril que uniría el este y el oeste; el gobernador de Nuevo México declaró que el terreno pertenecía a los Estados Unidos; lo ocupó el ejército estadounidense; el gobierno de México presentó una protesta.

Pagaron a México una bicoca de indemnización, que acabó en el bolsillo de los negociadores.

¡Qué manera de caminar la ciudad! Tal vez de su generación nadie la conoció como Marcos. Era un deleite oírlo hablar con detalle de iglesias, conventos, jardines, plazas, edificios gubernamentales, bibliotecas, librerías, cervecerías, peluquerías, cafés... Los amigos pensaban que ocurría con él como con los que llegaban de afuera: conocían más la ciudad que visitaban o en la que terminaban residiendo que la suya propia.

Marcos oía música y asistía al teatro pero sobre todo leía con delectación a los españoles de los siglos de oro y del romanticismo y a Petrarca y a Byron y a Hugo. Empezaba a apasionarse por la historia y la geografía y los diccionarios mexicanos.

A veces iba a Orizaba con los familiares (él nació en San Miguel el Grande) y solía ir de allí a las costas del océano Atlántico. Nada le causaba tanta desazón, nada le parecía más melodiosamente melancólico, como la vista del mar quieto en los atardeceres, y nada le alzaba más fuego en el alma y la sangre que el mar con los vientos del norte que llegaban con furia devastadora.

En junio se casó González Bocanegra. Los amigos asistieron al convite. A fines de mes se ratificó en Washington el Tratado de la Mesilla con el que terminó el gran tajo al país.

Crecía la inconformidad. Hubo pronunciamientos en Michoacán y Tamaulipas

Los amigos fueron al Gran Teatro de Santa Anna cuando la clase política y la aristocracia mexicana, sin la presencia del dictador, asistieron al estreno oficial del Himno Nacional.

La música era del catalán Jaime Nunó. Con el rostro radioso, González Bocanegra dio un discurso, que Zarco calificó de torneliano (“pomposo, rimbombante”) sobre la patria. Gritó salves por Hidalgo, Allende e Iturbide y juró por los valores de unión, libertad e independencia.

Corría enero de 1855. El día 9 el Conde de la Cortina ofreció como bienvenida a México un gran banquete a José Zorrilla en el Hotel del Bazar, en calle del Espíritu Santo. Sin embargo, donde el poeta y dramaturgo español se sintió como en el comedor de su casa, fue en la animada recepción que le organizaron días después en el Tívoli de San Cosme los jóvenes poetas y escritores. Los convidados se sorprendieron de encontrar a un hombre pequeño de estatura y de apariencia frágil. Brindaron por su gloria Zarco, Arróniz, González Bocanegra, Félix María Escalante, Sebastián Segura, Casimiro del Collado, Juan Miguel de Losada, José María Bárcena y Emilio Rey. Algunos no dejaban de recitarle de memoria pasajes de *Don Juan Tenorio*.

En cierto momento del convite Marcos se acercó a Zorrilla y le dijo que si a su paso hacia México se detuvo en la ciudad de Orizaba; Zorrilla habló con fruición y alegría del trayecto en carruaje de Veracruz a la capital: de las feraces tierras de Orizaba y Córdoba, su paso por la meseta del centro y el arrobamiento que sintió al acercarse a la Ciudad de México y contemplar el elevado valle con sus frescas lagunas, rodeado de colinas y montañas boscosas, y lejos, al oriente, los volcanes nevados. Pero ante todo le sorprendió la luz del valle que daba una nueva claridad a las cosas.

Los convidados preguntaron a Zorrilla si las quintillas que se le atribuían contra México y contra Santa Anna eran de su pluma; repuso que si lo fueran, jamás habría puesto un pie en México. “Todo mundo sabe que son de García Gutiérrez.”

Zarco chanceó: “Ojalá fueran de Zorrilla”. Y en voz baja empezó a decirlas de memoria en la mesa a los amigos que estaban próximos:

¡Pobre gente mexicana!
Se dice republicana
Por sarcasmo o por baldón,
Y se encaja por guía
Un gallero de La Habana.
Y detestan nuestro trono,
Nuestro regio pabellón,
Quien tiene por dueño un mono,
Vestido de Napoleón.

La prensa hablaría de un banquete sencillo y cordial.

Al parecer todo el encono contra Zorrilla nació por el resentimiento del empresario español Manuel Moreno, agente del Teatro Nacional, que hizo llegar las quintillas al hijo de Santa Anna, atribuyéndoselas a Zorrilla. Moreno estaba furioso porque le quitaron una función para representar *Don Juan Tenorio*. Con gran irritación, Zorrilla contaba que, días después del convite en el Tívoli, lo citó Antonio Díez de Bonilla, gobernador del Distrito Federal, quien quiso obligarlo a firmar un documento deshonesto, donde no sólo negaba la autoría

de los versos, sino que enaltecía a Santa Anna, y aun, para colmo, tuvo que visitar en Palacio al presidente (así dijo) para “desfacer los entuertos”. A sus amigos de mayor confianza, el Conde de la Cortina, el alegre y valeroso Sanchiz, el pundonoroso Manuel Madrid y el reservado Cagigas, les confesaba que lo que en verdad le dolía era la creencia de que los ataques eran no contra Santa Anna, sino contra el pueblo mexicano, y confidencialmente hacía la observación de que para él Santa Anna tenía la conciencia más negra que un usurero.

Zorrilla se sentía incómodo en medio de los intolerantes liberales, que llamaban a los conservadores “religioneros”, y de los intolerantes conservadores, que llamaban a los liberales “libertinos”. Unos pregonaban “religión y fueros”, los otros “libertad y justicia”.

Al principio de su residencia sus nuevos amigos Sanchiz o Cagigas o Portilla mostraban a Zorrilla aquella habitable urbe de doscientos mil habitantes. Al pasear por las calles y plazas, se admiraba de encontrar “una ciudad muy española”: algo le recordaba a Burgos, algo a Toledo, algo a Valladolid. Se sorprendía con el movimiento persistente de frailes y canónigos franciscanos, dominicos y agustinos que pululaban por las calles, o con el sonido de campanas que a cada momento tañían de las múltiples iglesias de la ciudad religiosa, o con los ríos de pájaros que volaban en el aire y se escondían para cantar en los árboles, o encontrar con frecuencia a Dolores Tosta, la esposa del presidente, visitando los conventos de las hermanas.

Los primeros años en nuestro país Zorrilla los pasó entre la urbe y las haciendas de los ricos. En Ciudad de México aceptaba invitaciones a lecturas en colegios, salones y teatros. A menudo se quedaba en la casa de Tacubaya del Conde de la Cortina en un cuarto que daba al jardín, al lado de la biblioteca, la cual, sin duda, era la más selecta del país. La casa era quieta y silenciosa. El mejor sitio, el sitio ideal, decía, para leer y escribir.

—El Conde es el hombre más culto del país, una gramática viva, un tratado de retórica —Zorrilla comentaba a Marcos Arróniz en el restaurante Coquelet—. Da la impresión de conocer la historia entera de México y las vidas de los grandes hombres ilustres de vosotros.

Y añadía que, pese a su fortuna, el Conde comía con frugalidad y vestía con modestia, en fin, era un hombre capaz de quitarse la camisa para dársela a un amigo.

—Los jóvenes liberales, sobre todo los escritores y periodistas, critican que haya renunciado a la nacionalidad mexicana en 1848 para poder ostentar el título español de Conde que le pertenecía por herencia. Tampoco olvidan que apoyó con dinero a anteriores gobiernos de Santa Anna ni sus críticas terribles en *El Zurriago Literario*.

A Zorrilla llamaban en especial la atención varias cosas de México: los juegos de azar como diversión y hábito, los negocios de los curas, las fiestas religiosas que acababan en algo más parecido a ceremonias báquicas y la obsesión de los hombres por la levedad de los pies de las mujeres.

Gracias a ser edecán del general Martín Carrera los amigos veían con tristeza que Marcos se integraba al primer círculo del poder. Cuando Santa Anna huyó el 9 de agosto (regresaría sólo diecinueve años después para darse cuenta de que pocos lo recordaban), Carrera fue designado presidente interino. Marcos lo seguía con fidelidad sin fisuras porque creía en su patriotismo de raíz. Pero no lo dejaban gobernar. Para evitar un río de sangre fratricida, Carrera, así lo dijo, renunció al poder. El Plan de Ayutla triunfó. Luego de la fuga de Santa Anna regresó Guillermo Prieto. Lo nombraron ministro de Hacienda. José Zorrilla se reunía con él y con Manuel Payno a almorzar los domingos en la casa de Tacubaya de Manuel Madrid.

Juan Álvarez subió en octubre a la presidencia, pero los liberales moderados se impusieron a los rojos, y Álvarez fue sustituido apenas dos meses después por Ignacio Comonfort. Lanzando el Plan de Zacapoaxtla, Antonio de Haro y Tamariz se rebeló en Puebla y desconoció el gobierno de Comonfort. Marcos se integró al ejército de Haro al que llamaba curiosamente *revolucionario*. En el marzo frío de 1856, en las llanuras poblanas, participó en la batalla de Ocotlán, donde peleó con ciega valentía. Poco después lo aprehendieron bajo el cargo de conspiración.

Cuando los amigos iban a visitar a Marcos en la cárcel sentían a la vez pena y enojo. Si ya había detalles que lo anunciaban, empezaron a crecer sus fugas y desvaríos mentales, pero curiosamente su ritmo de escritura y de lectura creció de manera frenética. “¡Pobre Marcos!”, decía Altamirano, con sincera piedad, cada vez que salía de visitarlo.

No había en Marcos ningún arrepentimiento por haber pertenecido al ejército santanista y combatido en marzo con las fuerzas de Haro. Con desconcierto, con dolor, lo oían comentar minucias de la contienda. Hablaba del ejército de Comonfort como del “enemigo” y de sus compañeros de combate como “los valientes”, “los revolucionarios”, “nuestro ejército”...

Contaba cómo al principio las fuerzas de los generales Haro y Castillo avanzaron en columnas para ponerse frente a las baterías y batallones del enemigo. Se gritaron ¡vivas! de los dos lados. Abrió fuego el ejército de Haro y de Castillo pero pronto la artillería de los liberales causó estragos. Cerraron las filas conservadoras, marcharon a pie firme, pero la metralla y los cañonazos de los liberales despedazaban lo que se ponía enfrente. “El general Leonardo Márquez, de quien yo estaba al lado, nos exigió entrar a bayoneta calada, pero tuvimos que retroceder ante cañones y granadas. Observé cómo la Legión de Honor del general Orihuela se retiraba con orden. En ese momento, por un cañonazo, perdí el caballo, pero rápidamente tomé uno nuevo. Algunas de nuestras fuerzas derrotaron a las contrarias. Sin embargo los generales Haro y Villarreal pactaron un armisticio y desocuparon la llanura de Ocotlán. Un error que dejó el campo a los contrarios. Otorgándole una victoria moral, el enemigo marchó contra nuestra retaguardia. Pese a perder nuestro ejército quinientos hombres, no flaqueó nunca; a pecho abierto los soldados se lanzaban contra el fuego.”

Ante la estupefacción de los amigos, Marcos comparaba la batalla de Ocotlán con las de La Angostura, Gallinero y Tolon.

En días siguientes el ejército de Comonfort siguió el ataque e hicieron abandonar el cerro de San Juan y de Loreto a las fuerzas de Haro y Castillo. Se incendió el convento de La Merced; sin recursos, los conservadores huyeron en desbandada. Capitularon el 22 de marzo. “Generales, jefes y oficiales —concluía Arróniz con desconsuelo— se hallan desterrados al sur.”

Y tristes lo dejaban en su soledad afligida escribiendo libros de historia y de biografías mexicanas.

En la cárcel estuvo varios meses. A mediados de año, todavía en chirona, el ministro de Hacienda decretó la llamada Ley Lerdo o Ley de Desamortización de los Bienes de la Iglesia. Por protestar fueron presos o expulsados, entre otros, los arzobispos de México y Puebla.

Al diagnosticarse que su locura no era peligrosa dejaron a Marcos salir de prisión. Los amigos lo veían sobre todo cuando asistía a San Juan de Letrán 3 a saludarlos en la redacción de *El Monitor Republicano*. Florencio María, quien se autobautizó como Genio, era el redactor del diario. Tras de su rostro ceñudo y de una melancolía sin fondo, se ocultaba en Florencio un hombre puro y bueno. Como gran número de melancólicos, el nervioso y excitado Florencio poseía asimismo una ironía de filo y como polemista lanzaba dardos de fuego. Entre pilas de periódicos y libros sobre viejos escritorios, se reunían con él Arróniz, González Bocanegra y Ortiz. Marcos hablaba poco, menos que antes, y sus ojos parecían ya mirar hacia ninguna dirección. Pero al hablar su discurso era bella y armoniosamente exacto.

Se discutía la nueva Constitución. Los conservadores estaban furiosos. Los liberales rojos y moderados peleaban entre sí; poco a poco se imponían los rojos. Era impresionante oír en el Congreso los discursos de lucidez incendiaria de Ignacio Ramírez, de Melchor Ocampo, de Ponciano Arriaga y del joven Zarco, que discutían contra José María Lafragua y su caterva de moderados (“camarilla de timoratos”, los llamaban), apoyados por el presidente Comonfort.

—Esos liberales traen bajo el traje una sotana —decía el Nigromante Ignacio Ramírez en uno de sus habituales epigramas.

El 15 y el 18 de septiembre los amigos asistieron a las puestas en escena del drama *Vasco Núñez de Balboa* de Bocanegra. Pocos días después Florencio redactó una breve nota y Marcos publicó un par de semanas más tarde una reseña. Si Marcos señalaba que en la obra se prolongaban “algunas escenas más de lo debido” y de “cierto descuido en la versificación”, la unidad de acción, la belleza de los caracteres y la poesía salvaban las pequeñas deficiencias. Y el vano elogio extremo: la obra daba honor a la dramaturgia mexicana.

Marcos no volvió a escribir para los diarios.

Luis G. Ortiz, que parecía escribir poemas a destajo, publicó ese año un vasto tomo de sus poesías. Se lo entregó a Marcos en la redacción de *El Monitor Republicano*. Marcos empezó a [h]ojearlo. Notó poemas donde era personaje. Se dirigió a un rincón para leer más despacio. Ortiz lo observaba. De pronto vio a Marcos echarse a llorar. Ortiz se acercó y vio la página que el amigo leía:

Tú que has llorado la ilusión perdida
Tú que de una mujer frágil formaste
Una deidad, a cuyos pies rendida
Pusiste el alma, y con amor quemaste
Incienso puro, y que tu edad florida
Ante su bello altar sacrificaste,
Y que al ceñir su sien con tu guirnalda
Ingrata y falsa te volvió la espalda.

Y Ortiz sintió en ese momento lo que Marcos en ese momento sentía.

Al estrecho y pobre cuarto del estudiante de tercero de Derecho, Ignacio Manuel Altamirano, en el Colegio de Letrán, Marcos se aparecía de vez en vez en ese año de 1857. Llegaba solo o acompañado de Florencio María del Castillo, quien aligeraba mucho las reuniones con sus bromas y veras, con sus expresiones y dichos mexicanísimos que alegraban las sesiones. También llegaba a veces Luis G. Ortiz.

Marcos aceptó asistir a las reuniones como una manera de agradecimiento a los jóvenes lateranenses, sobre todo a Altamirano y a Díaz Covarrubias, por las visitas que le hicieron en los meses de prisión. Había un acuerdo entre los colegiales, quizá estimulado por Altamirano, de no tocar con Marcos ningún tema político; era mejor; la mayoría del grupo que se reunía en torno de Altamirano era de jóvenes liberales dispuestos en aquellos duros tiempos a todo. Muchos años después Altamirano recordaría en aquellas reuniones, además de a Florencio y Marcos, a Juan Mateos

con sus saetas epigramáticas, al alto y fuerte Manuel Mateos, quien buscaba imponerse en las reuniones a base de frases explosivas, y a Alfredo Chavero y a Emilio Velasco y a Juan Doria. Poco después, invitado por Altamirano, se apareció en las reuniones Manuel M. Flores, tanto o más introvertido entonces que el propio Marcos.

Nacido en Tixtla en 1834, protegido del ex presidente Juan Álvarez, pese a su pobreza extrema y a su condición de indígena en una sociedad terriblemente racista y clasista, Altamirano, desde los quince años, demostró en el Instituto Literario de Toluca un admirable anhelo de superación y una capacidad de conciliación para unir a los más diversos grupos ideológicos. Siendo su lengua materna el náhuatl, en Toluca aprendió español y francés. Menos que su penuria económica, su mayor dolor era la condición indigente de su familia y que su padre anciano se hallaba muy enfermo.

Algo en Marcos despertaba en los lateranenses una simpatía trágica. No era fácil para ellos entender cómo un hombre de tal manera dotado para la poesía y la prosa, con su gran cultura europea, con su elegancia natural, descaminara los caminos de la razón, y los descorazonaba no hallar medios de animarlo y aliviarlo cuando en el curso de las discusiones pasaba de la tristeza al abatimiento. Quien se sentía más próximo a él, byroniano como él, era el estudiante de medicina Juan Díaz Covarrubias, con quien solía conversar en los cafés de La Gran Sociedad y del Hotel Bazar. Díaz Covarrubias salía de sus prácticas en el Hospital de San Andrés o de su cuarto en la Escuela de Medicina para asistir a las reuniones en el escueto cuarto de becario del joven Altamirano.

Arróniz apreciaba del jalapeño Díaz Covarrubias su precoz talento y su lucidez para la observación de la vida diaria. Sentía una rara ternura aflictiva al ver a ese joven de diecinueve años, de mirada triste, pequeño y magro de cuerpo, huérfano como él, y que, como él, había sufrido un desengaño terrible por una joven a quien llamaba Sofía. Apenas el 30 de enero de ese 1857 había muerto la madre de Juan. Sólo los separaban (de eso no hablaban nunca) las preferencias y simpatías políticas. “¿Quién de los dos tendrá la mirada más hundida y triste?”, se preguntaban los amigos en los pasillos desmedrados del Colegio de Letrán.

En los corrillos del Colegio, Altamirano decía que la locura de Marcos empezó en la cárcel; Díaz Covarrubias y Ortiz, quienes lo trataban a menudo, culpaban su insania al desdén sangriento de María Concepción: “Lo atraía, lo desdeñaba, le daba pequeñas o grandes esperanzas, volvía a alejarse, y dándose cuenta o no, a veces con intención y a veces no, lo hizo pedazos”.

Alguna vez el director José María Lacunza comentó con los jóvenes que ya notaba ciertos síntomas de alteraciones en Marcos desde principios de los cincuenta cuando venía a leer sus poemas al Colegio. Con dolor, con piedad, Altamirano refería que todo en su obra y en su persona parecía extraviarse en las brumas del Norte.

Los muchachos de Letrán oían admirados a Marcos opinar, con su palabra delicada y elegante, de Garcilaso, de Byron y Espronceda, de los años fértiles del Liceo Hidalgo, de la lírica mexicana, de sus gustos de teatro y música, de rincones insólitos de la Ciudad de México, de la amistad con sus contemporáneos. Cuando a Marcos se le preguntaba

sobre su propia poesía, contestaba siempre que la lira estaba rota.

Al salir del Colegio, Juan solía pasear con Marcos por la Alameda o Bucareli o la Viga o ir a dar vueltas a la Plaza Mayor. Juan mostraba a Marcos sus escritos publicados en *El Monitor Republicano* y en el *Diario de Avisos*. Ambos hablaban, sentados en una banca de la Alameda, de los hombres ilustres del siglo y querían escribir sobre ellos; Juan ya tenía el título de su volumen (*Galería de mexicanos célebres del siglo XIX*), pero Marcos, quien no tenía aún el título, fue el primero que lo escribió, aun yéndose más lejos en el tiempo, hasta el alba de la Colonia.

—¿De qué hablarán si son casi mudos? —comentaba Florencio.

El 15 de septiembre de ese año Juan Díaz Covarrubias leyó en el pueblo de Tlalpan un discurso en el cual atacaba a la iglesia y a los “religioneros”. No sabía, no podía saber, que sellaba su condena de muerte.

Arróniz dejó de asistir al Colegio de Letrán. “No se siente bien con nosotros”, dijo Manuel Mateos.

—Hallaron el cuerpo en el camino a Puebla en un lugar llamado El Agua del Venerable. Andaba solo en aquellos bosques. Parece que lo robaron unos bandidos y lo cosieron a puñaladas —siguió Altamirano.

—Pero ¿qué hacía allí? —preguntó Bocanegra.

—¿Qué podían robarle a quien no tenía nada? —preguntó Díaz Covarrubias como si hablara consigo mismo.

—Se habla también de suicidio —atenuó Altamirano.

- Si es así... (Díaz Covarrubias).
- El mal de Werther... —interrumpió Altamirano.
- ¿Pero por qué suicidarse en Puebla? —dudó González Bocanegra—. Podía haberlo hecho en su casa o en un cuarto de hotel donde alguien al menos supiera que lo hizo.
- El camino a Puebla está infestado de bandidos y salteadores (Ortiz).
- Si se suicidó se sabría sólo viendo cuántas puñaladas hay en el cuerpo —apostilló Florencio que ese día no estaba para hacer ninguna broma.
- ¿Y dónde está el cuerpo? (Bocanegra).

Salieron del local. El aire de diciembre helaba. Se despidieron afuera, en la esquina de San José del Real y Coliseo. Ortiz y Díaz Covarrubias continuaron por San José del Real, doblaron hacia San Francisco y siguieron por Corpus Christi. Apuntaban sus deducciones y trataban de atar y desatar nudos. Díaz Covarrubias se esforzaba para no llorar.

Llegaron al paseo de Bucareli. Entre los carruajes, los caballos y los vendedores, se encaminaron en dirección a la garita de Belén. Era un remolino de gente que en momentos se volvía torbellino. Como una llama rápida, como una aparición, Díaz Covarrubias y Ortiz vieron tras de la ventanilla de un carruaje que pasaba, el cabello rubio, el rostro de luz y unos ojos azules. Recibía con una sonrisa un clavel de un joven. Por un momento Díaz Covarrubias recordó los poemas donde Marcos la parangonaba a la Virgen María.

En unos días sería la Navidad de 1892. Veía desde la ventana de la Pensión Suiza el patio, y más allá del patio, las aguas del mar Tirreno. Después del severo frío parisiense se encantaba mirando el cielo azul, las nubes de amaranto y rosa, el mar azul oscuro, las colinas cubiertas de olivos, los caseríos y las villas con sus jardines de naranjos, de limoneros y magnolios. Al principio, cuando llegó a San Remo, podía hacer ejercicios y se daba ánimos diciéndose que en poco tiempo el aire del mar y de montaña lo aliviarían.

Quería vivir. Quería volver a México a saludar a los amigos y a los discípulos y al presidente Porfirio Díaz, que tan bien se había portado con él. Tenía planes de viajar con Joaquín Casasús y Catalina Sierra a Roma, a Grecia y a Alejandría. Pero eso lo veía ahora como un sueño en el sueño.

Le gustaba mucho su trabajo de cónsul y anhelaba volver a París. Le gustaba esa ciudad limpia, tranquila, indiferente, muy lejos del pequeño infierno de las mordeduras y picaduras venenosas de los envidiosos en México. Pero aun así eran preferibles los mexicanos en México que los mexicanos en París, donde eran más los malos que los buenos. De los escritores mexicanos que pasaron por París durante su consulado, nadie más inaguantable que José Tomás de Cuéllar. Qué hombre tan avaro, vulgar y tonto. Quizá por esos méritos, se dijo, lo eligieron académico.

Tosía. No dejaba de toser. No se daba cuenta, no quería darse cuenta, de que ese pequeño cuarto lo ahogaba más.

Bajó a la playa. Buscó una silla y se sentó. Caía el crepúsculo sobre las playas de San Remo. El juego de olas le trajo un juego de recuerdos. De pronto se le vino a la memoria cómo a fines de enero de 1858 los muchachos de

Letrán, a causa de los acontecimientos políticos, comenzaron a dejar de ir al Colegio y a dispersarse. Díaz Covarrubias publicó ese año tres novelas, y la última, *El diablo en México*, se la dedicó a Luis G. Ortiz. Pobre Luis, se dijo. Tan buen hombre y tan buen amigo. Mereció haber escrito versos más recordables.

Cerrando los ojos por el dolor (ya habían pasado treinta y tres años), Altamirano recordó aquel 11 de abril de 1859, cuando el ejército encabezado por los generales Leonardo Márquez y Miguel Miramón venció en Tacubaya a las fuerzas liberales de Santos Degollado. Díaz Covarrubias había asistido a la batalla como médico. Manuel Mateos lo acompañó. Sin respetar médicos ni civiles ambos generales conservadores ordenaron fusilar a troche y moche, pero hasta pocos instantes antes de su fusilamiento en el cerro de las Campanas de Querétaro, junto a Maximiliano y Tomás Mejía, Miramón juró que la decisión no fue de él. En todos los días de su vida Altamirano no pudo arrancarse del alma la imagen de Manuel y Juan —quienes reñían tanto en las reuniones en su cuarto de becario del Colegio de Letrán—, muertos en un abrazo a la hora de la carnicería. Repitió para sí los versos del violento soneto que escribió Ignacio Ramírez cuando se enteró de la matanza del 11 de abril en Tacubaya perpetrada por la canalla religionera. Recordó la impresión profunda que le causó leer la crónica de Zarco sobre los hechos. Tantas muertes de amigos parecía llevar sobre las espaldas y la espalda le pesaba ahora como una montaña.

Mientras el crepúsculo entraba en la noche, Altamirano supo que otra noche se hallaba próxima. Con dificultad se

levantó de la silla. Con pesadez caminó de regreso por la arena de la playa y se encaminó a la Pensión Suiza. Pronto, tal vez muy pronto, estaría en la otra noche con los amigos. Recordó en ese momento a Marcos en su cuarto del Colegio de Letrán hablándoles a los muchachos, con pulcritud inteligente, de Byron y Espronceda. Se le volvieron a fijar en los ojos de la memoria la figura elegante, la cabellera negra encrespada, los ojos de mirada varonil y la sonrisa triste en los labios delgados de ese joven ultradotado. “Pobre Marcos”, pensó, expresión que decía o se decía siempre cuando lo recordaba. “Un genio que sólo quedó en borrador. Un hombre con tantos dones no merecía el tamaño de su desdicha”.

A lo lejos, sin poder ubicar dónde, se oía la voz de un muchacho que cantaba en italiano una canción que hablaba de un amor desdichado que llevaba a la muerte.

Volvió la vista y se quedó viendo cómo los colores del crepúsculo se ensombrecían en el horizonte.

ACUÑA

Aquel frío 5 de diciembre de 1873 Manuel Acuña se había hecho acompañar por Juan de Dios Peza y habían ambulado por la ciudad la mañana y la tarde. Pese a su torpeza al andar, Acuña siempre marchaba deprisa, y costaba seguirlo. Permanecieron largo rato en el restaurante del callejón del Arquillo, donde Acuña gustaba de ir para ver una reproducción de Francesca da Rimini.

Salieron. Se encaminaron hacia el oriente rumbo al Zócalo. Acuña iba, como de costumbre, con su levita negra de largos faldones, brillante por el uso. Una y otra vez, a causa del viento, Acuña mesaba hacia atrás el rebelde cabello negro que se desordenaba.

Ufano Juan de Dios de ser un devoto de Acuña, registraba mentalmente todo lo que comentaba como si tuviera un apuntador y leía todo cuanto publicaba o estaba por publicar. Sabía de memoria casi todos los poemas del amigo.

En la plaza del Zócalo dieron la vuelta por la zona de árboles. Juan de Dios vio el reloj de Palacio y el reloj de Catedral. Marcaba uno las 5:31 y otro las 5:32. ¿Cuál será más exacto?, pensó burlescamente.

—Vamos a la Alameda —dijo Acuña.

Se encaminaron hacia Tlapaleros. Frente al largo Portal de Mercaderes se veían alineados los coches de providencia, los carros de carga y los tranvías de mulas. En la esquina de la plaza del Zócalo, donde se unían el Portal de los Mercaderes y Portal de los Agustinos, el comercio se animaba. Acuña vio los rótulos de las tiendas de las esquinas sur y norte: Ciudad de Londres y Gran Cajón de Ropa. Acuña volvió la vista hacia el norte, y al fondo, por un instante, creyó ver imposiblemente la plaza y la iglesia de Santo Domingo y la Escuela de Medicina. Siguieron su caminata bajo los portales. Llegaron a San Juan de Letrán y viraron a la derecha.

Esa tarde el viento frío del otoño final deshojaba los follajes de los fresnos y los álamos en la Alameda. Se dejaba sentir esa vaga pero honda tristeza que da la cercanía de la Navidad. Pero Acuña no pensaba en la Navidad. Sólo sentía que a cada momento su tristeza iba profundizándose. Juan de Dios se daba cuenta y se entristecía por él. Los ojos grandes y salientes de Acuña parecían ahora extrañamente hundidos.

Ambos jóvenes admiraban a Victor Hugo. Esa tarde leían bajo un fresno *Les Feuilles de l'automne*. Con una de las hojas secas que cayeron a sus pies, Acuña señaló a Juan de Dios un capítulo del libro diciéndole: "Mira, una ráfaga helada lo arrebató del tronco antes de tiempo". Juan de Dios dejó la hoja como separador.

Acuña recitó entonces un poema suyo, "La génesis", que a Juan de Dios le pareció muy bello, y luego, sentados en una banca del parque, le dijo que iba a dictarle un soneto. Juan de Dios transcribió los catorce versos de "A un arroyo". Acuña tomó la página y se la dedicó de su puño y letra.

Declinaba el sol. Dejaron la Alameda, bordearon el convento de Santa Isabel, y a unos pasos, en calle Santa Isabel número 10, se despidieron. Acuña dijo que lo esperaba en su cuarto de la Escuela a la una de la tarde del día siguiente. Si no llegaba, se iría sin despedirse.

—¿Adónde vas?

—De viaje.

Juan de Dios caminó unos pasos y llegó a San Francisco, viró a la izquierda, pasó por la Casa de los Azulejos, luego por el Hotel Iturbide y se detuvo en el café de La Concordia. La noche se espesaba. Entró pero no vio ningún conocido. Había quedado de verse con Gregorio y Gerardo a las siete. Se sentó en una mesa que daba hacia la calle y ordenó un licor. Le gustaban la animación de la calle y la animación del café.

¿Qué había querido decir con eso de “irse de viaje”? En los últimos meses Acuña se veía más distante, sombrío, tenso. ¿Adónde iría? ¿A Saltillo? ¿A los alrededores de la ciudad? Ciertamente, Acuña había prometido a su madre que la visitaría en enero ¿pero cómo? No tenía un céntimo en que caerse muerto. Si no fuera por Celi, que lo quería sin otra esperanza que estar próximo a él, no tendría ni siquiera ropa limpia. Acuña se lo había dicho hacía unas semanas en el restaurante del retrato de Francesca: él sentía que estaba defraudando a su madre, a su familia y a los profesores de la escuela. Todo el año había vivido de la beca que le permitía tener el cuarto y la alimentación sin siquiera haberse matriculado ni casi asistido a las aulas y a las prácticas. Si

bien se había acentuado en los últimos meses, desde enero mismo se le veía o en estado de gran excitación o de depresión profunda. En enero, incluso, un amigo suyo, un joven abogado saltillense, Espinoza, había advertido a los amigos del difícil estado psíquico en que se hallaba Acuña. No había ningún conocido que no comentara el estado de tensión, de fiebre continua, en el cual había entrado, cometiendo excesos en todo: lectura, escritura, desvelos, presentaciones públicas, organización de tertulias... Para trabajar Acuña bebía decenas de tazas de café. Parecía sostener una batalla a muerte con la muerte. Las huellas del esfuerzo y del agotamiento eran cada vez más visibles en su rostro.

¡Y Laura Méndez! ¡Y Rosario de la Peña! ¡Vaya historias! Por Acuña él se hizo íntimo de Rosario y la visitaba en Santa Isabel. Conocía las dos versiones de la historia porque a ambos se las había escuchado. Juan de Dios no se explicaba muy bien a sí mismo ese raro magnetismo que tenía, esa confianza que daba, para que la gente le contara sus confidencias. “Quizá te vemos cara de franciscano”, le decía Acuña palmoteándolo.

Desde mayo, cuando la conoció, Acuña sufrió un cambio de conducta evidente. En mayo y junio estuvo exultante, lleno de ilusiones, y Rosario recibía a menudo poemas autógrafos, poemas dedicados, flores, hojas de laurel. A esto se agregaba una gran alegría porque su drama, *El Pasado*, sería puesto en escena, de nuevo, por José Valero con su compañía en el Teatro Nacional. En ocasiones él acompañó a Acuña a la casa de la joven. A Acuña le reventaba el hígado no encontrarse a solas con Rosario. Cuando no estaba Ramírez, se aparecía Prieto, o se arrastraba por la sala una

ralea de poetillas con presunciones byronianas, que iban a leerle a la joven sus mamotretos de polilla municipal. De los asiduos a casa de Rosario, Acuña sólo soportaba a Altamirano, su maestro, su queridísimo maestro, que en todo cuanto pudo, desde 1868, le dio la mano (publicaciones, revisión de textos, recomendaciones para periódicos y sociedades). Para Altamirano el principal resplandor literario mexicano que fulguraría en los años por venir se llamaba Manuel Acuña.

Una vez que lo acompañó, estaban allí Ramírez, Prieto y Altamirano. Aunque profesaba ideas liberales, Juan de Dios no dejaba de sentirse incómodo al relacionar que esos varones íntegros habían luchado con decisión feroz, con inteligencia implacable, con honradez escrupulosa, contra los hombres del Imperio, entre ellos su padre mismo, del mismo nombre, quien había sido ministro de Guerra con Maximiliano. Pero las cosas ya eran de otro modo. Desde los inicios de la República Restaurada, Altamirano convocó con magnanimidad, a artistas, intelectuales y escritores de ambos partidos para que las llagas no siguieran supurando. Pero entonces y siempre Juan de Dios fue bien tratado por aquellos personajes, que ya se confundían o eran la patria, y con quienes tenía, por demás, muchas más afinidades y simpatías políticas, sociales y literarias que con su propio padre.

Acuña admiraba los poemas que Ramírez dedicó a los gregorianos (quizá lo habían influido para los tercetos de "Ante un cadáver"), reconocía su inigualable labor de piqueta para la destrucción del falso castillo del antiguo régimen, de ese régimen arcaico y pétreo que ya tenía en el país casi tres siglos y medio, pero no soportaba verlo con

Rosario cuando llegaba a la caída de la tarde o luego de salir de prácticas del Hospital de Terceros. Se sentía acosado por esos pequeños e incisivos ojos y temía esas frases moldeadamente crueles que habían hecho famoso al ex ministro. En alguna ocasión, estando Ramírez en la casa de Santa Isabel, Acuña exclamó con despecho: “¡Nunca se había visto un brujo con Rosario!”. Ironizaba sobre Ramírez y aun se permitió escribir en una página del álbum de Asunción, la hermana de Rosario, que desconfiara del tipo de ángeles disfrazados que podían venir por ella.

Pero vino después eso que Justo Sierra llamó “el chisme de Prieto”. A fines de junio el llamado Romancero sintió la obligación, como amigo de sus padres, de comunicarle a Rosario que Acuña “tenía quereres” con Laura Méndez, de quien iba a tener un hijo, y con una planchadora de la Escuela de Medicina. Desde luego Prieto no dijo a Rosario que él le había “birlado” a Laura, no siendo los métodos honrosos. Rosario se sintió herida, ofendida, y, aunque no sentía por Acuña ningún cariño, le molestaba, o quizá le afrentaba, no ser la única. Cuando Acuña llegó esa tarde lo condujo a otra pieza y le reclamó; Acuña bajó la cabeza. Lo de Laura era cierto, dijo, pero pidió hacer a un lado la historia de la planchadora. Dio su versión de los hechos. Lo triste, lo angustioso, lo peor, decía, es que el hijo nacería en octubre, y no sabía ni con qué podría alimentarlo. No obstante, la relación con Laura se había enfriado, sobre todo después de las visitas a la casa de Santa Isabel. Sí, en efecto, Laura lo amaba pero él no, como yo la amo a usted, Rosario, y usted no me ama.

—Creo que ya no insistirá en adelante en llamarme su “santa prometida”.

Quizá sin saberlo, o percibiéndolo Acuña un poco más, empezó a alzarse entre ambos un muro invisible que se ensanchaba cada hora. Rosario no rechazaba las visitas continuas con la condición de que el trato fuera exclusivamente de amigos. En vez de buscar nuevas vías, Acuña se adentraba en terrenos psíquicos arduamente peligrosos.

Una tarde de septiembre, contaría Rosario a Juan de Dios, Acuña llegó muy excitado a la casa de Santa Isabel. Pidió a Rosario papel y tinta. Se aisló en una mesa y empezó a escribir febrilmente. Al terminar le dio el manuscrito; la joven vio el título: “Nocturno”. Tenía una dedicatoria: a Rosario. Juan de Dios repuso que el poema se lo había mostrado el amigo días antes, y que él, Juan de Dios, lo sabía de memoria. Y se lo dijo.

Manuel se iba hundiendo en peligrosos abismos psíquicos. Pocos días después del asunto del “Nocturno”, volvió a la casa de Santa Isabel para proponerle a Rosario que bebiesen juntos una copa de veneno.

—Imagínese lo célebres que seremos en la posteridad.

Rosario se asustó.

—Usted está loco. Deje, por favor, de pensar en esas cosas.

En octubre nació el hijo de Manuel Acuña y Laura Méndez. Lo bautizaron con el nombre del padre.

Vio entrar a La Concordia a Gregorio Oribe, amigo y discípulo de Acuña en la carrera de Medicina. También escribía poemas. Lo conoció en una de esas caóticas tertulias literarias que el saltillense organizaba algunas noches en su cuarto del patio de los naranjos. Joven bueno y honesto, no hacía mucho Oribe se había casado.

Juan de Dios le hizo una seña. Oribe se acercó. Ordenaron ambos un café. Juan de Dios comentó que venía de dejar a Acuña en casa de Rosario. Oribe movió negativamente la cabeza. Dijo que ya debía abandonar eso por la paz, no había salida ni futuro próspero, y a lo que debería abocarse es al hijo que ya cumplía dos meses. Laura y el niño vivían de la mano noble de Agustín F. Cuenca, quien fue el único que la recibió en su casa, en calle Zuleta, cuando todo el mundo le hacía el vacío. Juan de Dios dijo que a causa de esto se hablaba pésimo de Acuña y de ella. Oribe repuso qué es lo que pretendían que hiciera: Laura estaba sola, en la miseria y con el hijo.

Oribe era amigo de la muchacha. Él había llevado a Acuña, a principios del año anterior, a casa de ésta, donde se conocieron. Laura organizaba tertulias en su casa y desde el principio Acuña se asombró de la inteligencia, las lecturas y los dones poéticos de la casi adolescente. Empezaron a encontrarse y poco más tarde Manuel escribió ese poema tan musical y espléndido, "A Laura", donde exige a la joven que contra todo y todos llegue a ser una gran poeta y una gran mujer. Nada debía detenerla ni amilanarla. Laura no había dejado de querer al amigo. Oribe dijo a Juan de Dios que Laura lloró cuando en octubre, apenas nacido el hijo, recibió el poema de Acuña, "La Gloria", con una dedicatoria ofensiva de tan seca: "A Laura. Manuel".

Hablaron del amigo y de lo tenso y nervioso que se veía. Juan de Dios mostró orondo el soneto que acababa de dictarle en una banca de la Alameda dedicado de puño y letra.

—Dijo que se iba de viaje. Quedé de verme con él mañana a la una de la tarde.

—Pero ¿adónde puede ir?

—No sé. Al menos que haya conseguido algo y vaya a visitar a la madre.

—A los compañeros de Medicina nos dijo que iría hasta enero.

Juan de Dios pagó la cuenta. Oribe dijo que iría a la Escuela como a esa hora para ver cuál era el propósito. “O el despropósito”.

Acuña se veía distante y melancólico. Rosario le ofreció un ponche. Mejor un café, corrigió el joven. Rosario se quejó de que su hábito del café se había vuelto un vicio pernicioso. Le sugirió moderación.

—Desde hace semanas lo noto nervioso y cansado. Debería descansar.

—Tal vez.

Conversaban de todo y nada. Se veía que Acuña quería prolongar lo más posible la conversación. Como se hacía tarde, Rosario le insinuó que podían verse al otro día.

—Creo que ya no vendré a visitarla.

—¡Vaya! ¡Pero qué mal cara ha visto! Le digo que está usted nervioso y muy cansado. Mañana, cuando salga de prácticas del hospital, venga a visitarme como siempre.

Rosario llamó a doña Margarita, su madre, para que viniera a despedirse. Ambas lo acompañaron a la puerta.

Acuña se encaminó al restaurante de callejón del Arquillo. Rascó los bolsillos. No tenía ni para la cena. Pidió un café.

Veía el retrato de Francesca. Aquello era morir de amor. O más bien: morir por amar sin límite. Pero eso sólo se vive en el sueño o en la literatura, o al menos, la literatura embellece de tal modo los hechos para que las grandes pasiones entren límpidas a la leyenda y al mito y no se contaminen de la suciedad y la grosería diarias. Eso eran Tristán e Isolda, Abelardo y Eloísa, Paolo y Francesca, Romeo y Julia.

Pagó el café y salió. Se encaminó hacia la plaza del Zócalo, luego viró a la izquierda, por Empedradillo, y entró a la imprenta donde corregía pruebas.

Regresó tarde a la Escuela. Saludó a Nemesio, el ayudante de conserje, pasó el primer patio, llegó al segundo, y se dirigió al fondo, hacia su cuarto, donde vivía desde mediados de 1871. Entró un momento, salió otra vez y se sentó un rato bajo uno de los naranjos. Luego entró de nuevo y arregló el cuarto lo mejor que pudo. Quemó papeles y escribió cartas.

Durmió profundamente.

Cuando Juan de Dios entró a la una y cuarto de la tarde del día 6 lo encontró tendido. Sospechó lo peor. Se acercó para tocar su frente. Aún la sintió tibia. Alzó uno de los párpados y se aterrorizó. Se volvió hacia la mesa de noche y leyó la carta donde Manuel decía lo acostumbrado: No se culpe a nadie de mi muerte.

Al lado de la carta estaba el vaso funesto.

Empavorecido, salió gritando y a los primeros que vio fueron a Oribe, Villamil y Vargas, que estaban en un cuarto

próximo. Todos se precipitaron al cuarto de Acuña. Oribe le dio respiración de boca a boca y Vargas movía el tórax. Oribe —era tal la dosis de cianuro bebida por el compañero— se desvaneció intoxicado.

Fama divulgó la noticia con una rapidez asombrosa. No dejaba de llegar gente. Nadie podía creerlo.

Una hora y media más tarde, salió atropelladamente de su casa de La Mariscala y se dirigió a grandes pasos a la casa de Santa Isabel. No era posible. No podía ser. Era el mejor poeta de su generación y su mejor discípulo.

Tocó repetidamente a la puerta. Rosario le dijo a su hermana Asunción que abriera. Seguramente era Manuel, quien debía venir de sus prácticas en el Hospital de San Andrés. Pero qué prisa, por Dios. Qué educación. Tenía que decirle algo. Por educación nadie toca así.

Asunción abrió la puerta. Se topó de frente a Altamirano jadeante, sudoroso. En el rostro se marcaba la desesperación.

—¿Dónde está Rosario?

—En su habitación.

Altamirano llegó a la pieza y con voz consternada le dijo:

—¿Qué has hecho, qué has hecho, Rosario? ¡Manuel se acaba de matar!

Un año después, reunidos en la imprenta de Ignacio Cumplido, los amigos fueron a recoger los ejemplares de la edición de *Versos*. Gracias a una colecta había podido salir a luz el libro. Altamirano no pudo escribir el prólogo; Javier

Santamaría lo escribió sin firma. ¿Qué debía hacerse ahora? Los amigos coincidieron pronto en algo: con el dinero de las ventas se alzaría un monumento al amigo y poeta.

Salió a colación Rosario. Justo Sierra se notaba afligido.

—Como todo mundo cree que Rosario es culpable del suicidio, Rosario habla pestes de Manuel. Ni la familia, padres o hermanos, se escapa.

—Todo es por ese poema, el “Nocturno”, que no hay nadie que no sepa de memoria —opinó Juan de Dios.

—Pero a Rosario no le va mal. Desde el Nigromante hasta los amigos de Acuña la cortejan —terció Javier.

Nadie se dio por aludido.

Altamirano iba a salir en defensa de Ignacio Ramírez pero el dolor por el maestro y hermano lo paralizaron. Le dolía verlo a esa edad tan ilusa y fútilmente enamorado, disfrazando todo, como siempre, con la risa envenenada del sarcasmo y la mordacidad. “Mientras más se enamora, mayores serán la decepción y la contrariedad”, pensó.

—¿No saben si Agustín y Laura ya están comprometidos? —preguntó Javier Santamaría.

Se hizo el silencio.

—Se dice que Rosario está enamorada de Flores —dijo Justo.

—Quítale el *se dice* —concluyó Peza.

Aquella tarde de septiembre Rosario de la Peña y Manuel María Flores veían desde la ventana hacia la calle de Santa Isabel. Veían la iglesia y el convento y la gente que pasaba. El sol del crepúsculo caía de frente.

Rosario comentó que Juan de Dios vendría más tarde. Quería mostrarle algo. No sabía qué era. Luego dijo que Ramírez ya espaciaba sus visitas. Sentía pena por eso. Se había enterado de sus amores con Flores y, además, con sus palabras, no toleraba el cortejo de jovencuelos cretinos que la asediaba y aislaba. ¡Qué lástima! Uno de sus mayores pasatiempos y deleites era oírlo. Ramírez parecía una enciclopedia y explicaba cada cosa y cada hecho con sencillez y emoción.

Flores comentó que con quien hablase de ella siempre la relacionaban con Acuña.

Rosario puso cara de rabia y hartazgo.

—Espérame.

Rosario regresó con varios poemas autógrafos. Flores vio el “Nocturno”. Sintió a la vez un vago sentimiento de veneración y horror. Curiosamente faltaba el último párrafo.

—Yo le tenía respeto y admiración pero no lo quería —dijo Rosario—. ¿Cómo podía quererlo? Físicamente no me agradaba: tenía los ojos saltones y caminaba sin saber dónde poner el pie.

Flores la escuchaba con cuidado e interés. Recordaba lo que decía muy bien Juan de Dios de que Rosario se expresaba con corrección y aliño.

—Es una gran mentira que se haya suicidado por mí. Me niego a ser cómplice de ese infundio. Para mí sería muy fácil engalanarme y embellecer el mito. Pero no fue así: Acuña estaba en la miseria y tenía desequilibrios mentales. Sé que el padre también los tuvo. Yo fui pretexto pero no causa de su muerte y el “Nocturno” lo escribió sólo para darle una dimensión romántica a su acto. Dudo incluso que la Rosario del poema sea yo. Debe ser otra Rosario; no sé quién.

Flores la miraba ahora con ojos de asombro.

—Pero si el poema lo escribió en tu casa de su puño y letra, te lo dedicó y te lo dio en la mano. Me lo acabas de mostrar. Es un poema maravilloso. Me lo sé de memoria y me lo repito a veces.

A Flores lo asustaba en ocasiones la fría inteligencia de Rosario para analizar los hechos, incluso para mentir, y se lo había dicho no pocas veces de viva voz o por carta. Calculadora e inteligente, lo verosímil solía hacerlo parecer real.

—Acuña era tan proclive al suicidio que se hubiera matado tarde o temprano, por mí o por otra mujer o por la causa que se quiera.

Rosario y Flores callaron. La noche caía sobre Ciudad de México. Vieron cómo la noche caía sobre Ciudad de México. Se vieron a los ojos.

En ese momento Juan de Dios entraba del lado de La Mariscal a la calle de Santa Isabel. Traía en la mano *Les Feuilles de l'automne* de Victor Hugo. Quería mostrarle a Rosario la hoja de árbol que Acuña puso en uno de los capítulos la víspera de su muerte pocos minutos antes de ir a Santa Isabel a despedirse de ella. Los novios se besaban en la ventana. Juan de Dios sintió que el estómago se le contraía. Bajó la cabeza y caminó deprisa hacia San Francisco. Al dar la vuelta, en la plaza de Guardiola, se topó de frente con Ignacio Ramírez. Se saludaron.

Ramírez —le comentó a Juan de Dios— se dirigía a casa de Rosario.

NOTA

Los tres fueron quizá los mejores poetas de sus promociones, es decir, de lo que solemos llamar el primero y el segundo romanticismos y el romanticismo tardío; los tres dejaron al menos un gran poema que los caracterizaría para siempre: Ignacio Rodríguez Galván, “Profecía de Guatimoc” (1839), Arróniz, “Zelos” (1852), y Acuña “Ante un cadáver” (1872); a los tres los persiguió sin pausas la desdicha, y en el caso de Arróniz, al final de su vida, la locura, o en el de Acuña, algo que lo llevaba a ella; los tres murieron jóvenes o muy jóvenes: Rodríguez, veintiséis años, Arróniz, treinta y dos, y Acuña, veinticuatro, o en otras palabras, árboles mayores que fueron talados en la verde edad; Rodríguez y Acuña vivieron siempre por debajo de la pobreza, y a Arróniz, en los últimos años, sólo le quedó el porte aristocrático; mucho del derrumbe psíquico de los tres, el sol destructivo que giró en torno de ellos, fueron jóvenes hermosas y atractivas que desde el principio los desdeñaron, pese a la insistencia esforzada que hicieron para alcanzarlas.

En fin, los tres son poetas cuya figura y poesía trágicas me han acompañado desde hace muchos años. Quizá una honda simpatía triste sea el principal motivo por el que he

querido recobrarlos en estos cuentos que buscan ante todo
conmover al lector.

Ciudad de México, enero de 2015

ÍNDICE

RODRÍGUEZ	7
ARRÓNIZ	23
ACUÑA	61
NOTA	75

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles

Rector

María Teresa Uriarte C.

Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán

Directora de Literatura

Leticia García Cortés

Subdirectora

Víctor Cabrera

Martha Santos Ugarte

Editores

Joven la muerte niega el amor joven. Cuentos del siglo XIX, de Marco Antonio Campos, Textos de Difusión Cultural, Serie Rayuela, editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 8 de junio de 2015 en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V., Calle 5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco, C.P. 52170, Metepec, Estado de México. Se tiraron 1,000 ejemplares en papel cultural de 90 gs. La composición se realizó en tipo Veljovic Book de 11 puntos. Impresión en offset. Cuidó la edición: Martha Angélica Santos Ugarte.

